
SECCION DOCTRINAL.

LOS BARRIOS DE OBREROS.

Hoy, que se trata de plantear en Madrid con el título de *La Constructora Benéfica*, una sociedad que, utilizando el generoso donativo de una persona caritativa, y los demás recursos ya recibidos y que en adelante se allegaren, atienda á la pronta fundacion de un barrio de obreros en las afueras de Madrid, que pueda servir de modelo y estímulo al resto de España, insertamos con mucho gusto el siguiente artículo, que con tal objeto nos ha enviado desde Málaga su autor.

LOS BARRIOS DE OBREROS.

Una saludable reaccion en pro de las clases trabajadoras se está operando hoy en todos los países. Los hombres más eminentes de las diversas escuelas reconocen que es indispensable mejorar su condicion social, y la Cámara de Comercio de París se ocupa actualmente en la discusion de una extensa Memoria, sobre tan importante asunto.

Una poblacion fabril y comercial esencialmente, como la de Málaga, debe mirar con especial predileccion cuanto se relacione con el bienestar de sus clases obreras, cuanto tienda á su mejoramiento, cuanto tenga, en fin, por objeto aliviar en algun modo la amarga vida que viven la mayor parte de nuestros proletarios.

Los artículos insertos en este folleto van encaminados á dar á conocer el estado de nuestra capital en lo respectivo á los barrios obreros. Si de esta relacion resulta algun bene-

ficio para las clases pobres, las aspiraciones del autor se verán cumplidamente satisfechas.

I.

Los recientes ensayos de las teorías socialistas, han demostrado hasta la evidencia que nada puede esperar de ellas el pueblo, ni para la extincion del cáncer que lo corroe, *el pauperismo*, ni para el mejoramiento de sus intereses, ni ménos aún para su mejoramiento y moralidad. La enseñanza ha sido provechosa, y casi nos regocijamos de los males pasados pensando en la utilidad que han de reportar al porvenir. El problema social queda en pié como ántes, y como ántes ofrece ancho campo al estudio de los hombres ilustrados, á las investigaciones de las grandes capacidades que consagran sus días al provecho de la humanidad.

La revolucion económico-social casi se ha realizado en España; en Francia ha sido un hecho. ¿Y qué ventajas ha obtenido de ella el pueblo? Ninguna absolutamente. Sus iniciadores y legisladores han caido para no levantarse, entre el desprecio y el odio de las muchedumbres que engañaron. Pero esas revoluciones, esas luchas, esa exposicion de principios, ese ensayo de doctrinas, esas utopias, han demostrado que el pueblo inconsciente es un poderoso elemento de la demagogia, que ésta se aprovecha de su falta de ilustracion en pro de sus bastardos fines, y que es necesario á toda costa moralizarlo, instruirlo, educarlo, si queremos prevenir para en adelante los daños que recientemente hemos experimentado.

La enseñanza gratuita obligatoria es sin duda alguna el punto de donde debemos partir para tal objeto, y el mejoramiento de las condiciones de vida del obrero, el poderoso auxiliar de nuestras humanitarias tareas.

¿Ignorais cómo viven la mayor parte de los obreros? Si quereis conocerlo, molestáos un poco, internáos en los barrios, penetrad en esas llamadas casas de vecinos, y contemplareis cuadros de tanta miseria, capaces de conmover el alma más empedernida. Allí vereis hacinadas las familias en

medio del mayor desorden; vereis la hediondez de aquellos corralones, en los que viven amontonados infinidad de individuos; y vereis en horrible é inmoral consorcio (aunque se vergonzoso decirlo) dormir en un mismo lecho al padre y á la madre, al robusto bracero y á la joven doncella, al niño de pocos meses y al anciano sexagenario. Allí falta la luz; y la atmósfera, corrompida por emanaciones pestilentes, hace pesada la respiracion.

Y eso es lo que aguarda al infeliz obrero cuando rendido por el incesante trabajo del dia vuelve á su casa para descansar de sus fatigas, para cobrar nuevas fuerzas y nuevo ánimo. Pero hay más aún: muchos de esos hombres, muchas de esas familias, pasan dias enteros sin llevar á sus labios siquiera un pedazo de pan.

Esto explica suficientemente la aversion que tiene el obrero á su hogar, y cuántos individuos pertenecientes á esta clase, diremos con un distinguido escritor, van hoy á la taberna á consumir en ella su tiempo, su dinero y su salud, porque no encuentran en el pobre tugurio que habitan, nada que pueda hacerles agradable la vida de familia.

En efecto, ¿qué atractivos tiene para el obrero la miserable *sala* en donde vive? ¿Qué puede hallar en ella que dé expansion á su espíritu, que regocije su alma, que alegre su corazon? Absolutamente nada. Ni el aseo, ni la limpieza, ni las comodidades, ni la salud de sus hijos, que vegetan enfermizos en aquel zaquizamí oscuro y malsano, ni aún el pobre sustento que le aguarda, sustento amasado con lágrimas y sangre. «¿Y qué se hace, dice con mucha oportunidad Julio Simon, para combatir este azote? Algunos sermones que no se oyen, algunos bandos que no se obedecen, algunas lamentaciones que no se leen; esto no es bastante. Lo que vale más que un sermón, más que un reglamento de policía, más que la severidad del patron ó empresario para arrancar al obrero del vicio, para apartarlo de la taberna, es hacerla inútil por medio del atractivo que se dé á su habitacion, dotándola de las comodidades que le hagan agradable la permanencia en ella, de las que ahora carece.»

Y como la influencia de la vida de familia es irresistible,

prosigue el mismo eminente escritor, la reforma moral seguirá infaliblemente á la reforma doméstica.

Y no sólo ganaria mucho el orden social por efecto de este cambio, en la condicion de la clase trabajadora; ganarian tambien, añade el Sr. Polo, las costumbres, la moralidad, la higiene, y, en último resultado, la riqueza pública, la cual no puede desarrollarse convenientemente si no cuenta el país con una poblacion obrera, activa, robusta, morigerada.

Que esto es fácil de conseguir á muy poca costa, es lo que nos proponemos demostrar en el siguiente artículo.

II.

Nadie mejor que el obrero podría remediar los males que aquejan á la clase proletaria, si con entera confianza, con inquebrantable fe, con probidad y constancia, buscase su medicina en el elemento de asociacion, con ese empeño y esa inteligencia que lo han hecho los obreros de Inglaterra, de Francia y de Alemania. Quizás se nos objete que las *sociedades cooperativas* no han dado en España ningun resultado tangible; que sólo han servido para descorazonar á los que en ellas creian; ó que son necesarios largos años de acumular capitales é intereses para poder emprender cualquiera operacion de positivos resultados. Eso es, por desgracia, lo que creen los asociados españoles, y razon sobrada tienen para pensar de tal manera; en efecto, y vamos á ser tan ingenuos como es posible, las asociaciones obreras que se han establecido recientemente en España, han sido, en su casi totalidad, una ruina para la clase proletaria, que encomendó la administracion de sus ahorros á hombres sin inteligencia ó sin moralidad, que suscitaban inútiles y absurdas discusiones políticas en el seno de las mismas, y descuidaban en absoluto el fin que eran llamados á realizar. ¿Y es este un motivo para que consideremos inútiles las *sociedades cooperativas*? ¿Debemos por eso negar sus ventajas? Eso sería tan absurdo, como negar que el sol alumbra, que la lluvia fertiliza.

Estamos, sí, de acuerdo con los que dicen que la base de las *cofradías* ó asociaciones deben ser los maestros, los em-

presarios, los dueños de fábricas y talleres, pues aún suponiendo que todos los obreros de cada industria contribuyan con sus ahorros semanales á la masa social, se necesitarían algunos años ántes de reunir el capital indispensable para dar comienzo á las operaciones, lo cual, dado el carácter vehemente de nuestro pueblo (cosa que hay que tener muy en cuenta), significa la indiferencia primero, despues el abandono de la empresa, y, por último, el descrédito del proyecto. La Internacional, *sábía* asociación que ha esquilinado á los obreros de todos los países, no concediéndoles en cambio de sus sacrificios y de su obediencia la más insignificante mejora, sino por el contrario, haciéndoles concebir hácia el capital ese odio á muerte que tan deplorables escenas nos ha hecho presenciar, ha explotado la ignorancia del pueblo en provecho propio, dando en él vida á la esperanza de que, en no lejana hora, el capital estará supeditado; presentándole al capitalista como un monstruo que le roba y le engaña, que le priva de todas las dulzuras que embellecen y hacen dulce la existencia. Exaltada así la imaginación, sólo faltó recurrir al resorte de las malas pasiones, y esto, por desgracia, muy pronto se consiguió. Y hecho esto, ¿hay fuerza que pueda resistir á tamaño empuje? Podrá decirsenos que la ley, el castigo. *La sangre de los mártires es una poderosa simiente de cristianos*, decia un santo apóstol de la Iglesia; no combatamos la ignorancia con el terror, ni queramos convencer á fuerza de castigos: eso podría probar que somos los más fuertes, pero nunca probará que nos asiste la razón.

El único medio de remediar los males que la licencia y el error, nó la libertad, han sembrado en nuestro pueblo, es hacerle comprender *con hechos* que hay quien se interesa por su bienestar y prosperidad, por su mejoramiento é ilustración. A nadie toca esto tan directamente como á los mismos fabricantes; ellos han sido las víctimas presentadas al sacrificio; ellos son el blanco al cual asestan sus tiros los que humillados, pero no vencidos, aguardan impacientes la hora de lanzar á España á nuevas turbulencias y entregarse por su parte á nuevos crímenes.

Las asociaciones cooperativas no han tenido éxito en nuestra patria: 1.º, por las malas condiciones en que se organizaron; 2.º, por el ningún conocimiento que, en lo general, tenían de ellas sus fundadores; 3.º, por lo mal que han estado administradas, y 4.º, por lo que hemos dicho más arriba: porque no lo permite la vehemencia de nuestro carácter. Nosotros que somos apasionados de las asociaciones cooperativas, que desde hace siete años venimos siendo sus propagadores, creemos con entera convicción, que, *por ahora*, no podemos aguardar de ellas otra cosa que lo que hemos visto; y creemos también que la creación y realización de los *barrios obreros* sería muy fácil y poco costosa en la forma que vamos á presentar.

Reunidos los fabricantes todos y formando el capital social, que como ensayo elevaremos sólo á diez millones, emítanse 4.000 acciones á 2.500 reales cada una, pagaderas en 24 plazos de á 124,10 reales, á las cuales sólo tendrían opción los obreros de todas las industrias y los que se dedican á la agricultura y á la marinería. El pago de estos dividendos sería descontado del jornal que el obrero hubiese de percibir, pudiéndose, caso de defunción ó de ausencia, trasladar los derechos á otro obrero mediante el abono de los dividendos ya pagados.

Si el obrero dejase de trabajar por enfermedad ó porque las operaciones de la fábrica no se lo permitieran, dejará en ese tiempo de abonar lo que le corresponda; pero si no trabajase por vicio ó por descuido, perderá todo derecho á lo ya desembolsado, que pasará á formar parte de un *fondo de reserva* en favor de los obreros inutilizados ó de las familias de los que fallezcan.

Las obras podrian comenzarse en cuanto el capital estuviese reunido; y respecto á la formación del barrio, á sus condiciones, á la manera de pagar el alquiler de las casas, etc., puede tomarse por modelo á la *Sociedad de Barros obreros de Mulhouse*.

III.

El medio que ántes hemos propuesto para la fundacion de los barrios obreros, puede, sin embargo, tropezar con no pocos inconvenientes en este país, donde todo quiere hacerse sin calcular ántes las contras y las ventajas, sin dejar siquiera tiempo para que con entera libertad é independencia se discutan los problemas y las reformas que se trata de introducir. Esto por lo que respecta á la gente sensata; en cuanto al vulgo, le vereis conceptuar como ridícula é imposible cualquier empresa para cuyo logro sean necesarios cinco ó seis años de preparacion. La impaciencia es el gran pecado de los españoles: pecado que no han logrado ni lograrán curarles los desengaños, las revoluciones, los inmensos perjuicios que por él experimenta esta patria tan maltratada y embrocada.

Dos acciones de á 2.500 reales bastarían para que una familia obrera llegase á ser propietaria; pero eso, nos dirán los mismos obreros, equivale á seis años de economías, á seis años de continuo ahorro, sin diversiones y sin placeres de ninguna clase. Es cierto: pero equivale tambien, respondemos, á vuestro bienestar por toda la vida, á la salud de vuestros hijos, á ese mejoramiento en vuestra condicion social que en vano habeis buscado afiliándoos á *La Internacional*, que ha consumido todos vuestros ahorros de cuatro años sin daros en cambio otra cosa que odios, miseria y sangre. Equivale á libraros de la indigencia, á proporcionaros esos dulces y santos recreos del hogar doméstico que son la aspiracion del hombre honrado. Sois trabajadores, luego podeis ser capitalistas; porque del *trabajo* nace el *salario*, y de éste el *ahorro* de donde se forma el *capital* que crece y se multiplica en manos del hombre virtuoso como se multiplica el grano en tierra fértil y productiva.

Pero ya es tiempo de que hablemos de la *Sociedad de Barrios obreros de Mulhouse*, en la cual ántes nos hemos ocupado, y que puede servir de pauta ó ejemplo para las sociedades

análogas que se funden en España. Dicha compañía, creada en 1868 con doce personas y un capital de 300.000 francos ó sean próximamente reales vellon 1.125.000, tiene por único y exclusivo objeto el construir casas para la clase trabajadora, vendiéndolas ó alquilándolas á un tipo que no exceda del 8 por 100 de su costo, que varía entre 2.750 á 3.700 francos, ó sean 9.625 á 13.875 reales vellon, segun su mayor ó menor espacio y las más ó ménos comodidades que reunen; pero todas ellas son por completo independientes y están rodeadas de un pequeño jardín que cultivan los mismos inquilinos ó propietarios.

Forman dos barrios á uno y otro lado del canal, separados por espaciosas calles, la principal de las cuales, llamada de Napoleon, tiene 11 metros de anchura y 8 las otras; tienen alumbrado de gas, y de trecho en trecho fuentes públicas, además de un lavadero y una casa de baños, todo costeado por la Sociedad; el uso de aquél es gratuito, y el del baño sólo cuesta 15 céntimos en las tinas y 5 en la balsa general, que es de agua tibia y tiene 2 metros superficiales.

El alquiler de las casas se destina: 1.º, al pago de la contribucion, seguro y conservacion de las fincas y sueldos de los empleados; 2.º, para interes del capital social, á razon de 4 por 100; 3.º, el sobrante, si le hay, á gastos de utilidad pública en beneficio de los habitantes del barrio.

Y es tan excelente la administracion, que á este sobrante se deben el baño y el lavadero, una escuela de párvulos, á la que asisten 368 niños; un puente sobre el canal que pone en comunicacion ambos barrios; dos casas que ha cedido; una para la profesora de partos y otra para un médico; y por último, 3.000 francos con que auxilia á la municipalidad para la conservacion de las calles en una extension de 8 kilómetros.

La Sociedad, á medida que construye las casas, las vende ó alquila siempre en condiciones ventajosas para el trabajador; el último caso no ofrece particularidad, y en el primero se observan las reglas siguientes: despues de formalizado un contrato, el comprador entrega en el acto 240 á 300 francos y se obliga á pagar mensualmente de 18 á 25 francos en

igual proporcion. Estas entregas parciales y el interes de 5 por 100 que disfrutan al año, se abonan al comprador en la cuenta que le abre la Sociedad y que se reproduce en la libreta que ésta le entrega, al paso que se le carga el valor de la casa aumentado con el mismo interes, mas los gastos de contribucion y seguro. El contrato puede rescindirse á petition del obrero ó venderse la finca, áun no pagada, á otro trabajador, y el tiempo en que puede pagarse es de 14 á 15 años.

Esta Sociedad, demostrando la mayor solicitud en favor de sus administrados, distribuyó gratuitamente entre ellos 700 estufas con objeto de extender el uso de la hulla; vende al precio de coste multitud de artículos de primera necesidad, como carbon, patatas, aceite, etc., etc.; ha establecido un restaurant y una panadería cuyos géneros vende infinitamente más baratos que los de la poblacion, y ha fundado, en fin, diversos establecimientos sumamente benéficos para el obrero, en los cuales logra éste dos fines importantes, á saber: perfeccionarse en su educacion civil y religiosa, y atender á sus necesidades con la mayor economía.

La Sociedad de Mulhouse, es, en nuestra opinion, la mejor organizada de las que existen en su clase, que son bastante numerosas, entre ellas la de Brancourt, que vende las casas á 2.100 francos; la de Francfort, con un capital de 300.000 francos, y la creada en Lóndres en 1844, siendo uno de sus principales fundadores el noble príncipe Alberto. De los fondos destinados por el filántropo americano Peabody para la construccion en esta última capital de casas para obreros, se han labrado hasta fines de 1874, habitaciones para 1.376 familias, pagando próximamente cada una un alquiler de 80 reales al mes, incluyendo en este precio agua abundante para baño, lavadero y cocina. En cuanto á sus condiciones higiénicas, estas habitaciones han resultado ser muy favorables, pues segun la estadística, es la mortalidad de 1,4 por 1.000, proporcion bastante más baja que la de los barrios elegantes de muchas capitales del continente.

La aplicacion en Málaga, de cuanto dejamos expuesto, será el tema de nuestro último artículo.

IV.

Nos hemos concretado á demostrar la conveniencia de los barrios obreros, tanto para el trabajador cuanto para el capitalista, indicando el medio, á nuestro entender, más á propósito para que en breve tiempo se construyan; y vamos hoy, dando fin á estos mal pergeñados estudios, á emitir nuestra pobre opinion respecto á las barriadas que existen en Málaga y al medio de convertirlas en verdaderos *Barrios obreros*, ya que no podamos conseguir el anhelado propósito de otros barrios, cuyos iniciadores, constructores y propietarios, sean única y exclusivamente los obreros.

Nuestro querido y respetable colega *El Correo de Andalucía*, conviene con nosotros en que el trabajador necesita una morada humana, y dice que las bien acondicionadas viviendas que edifica la iniciativa particular en los barrios del Bulto, Huelin, Perchel, etc., no tardarán en abolir por completo la *sala* de la casa de vecinos y el antihigiénico *corralon*.

Mal conoce *El Correo* esas construcciones cuando tanto elogio hace de ellas, puesto que la mayor parte son *corralones*, propiamente dicho, y alguno es mil y mil veces peor que éstos, mil y mil veces ménos sano, ménos aseado, ménos decente.

Pero en obsequio de la imparcialidad que preside á nuestras palabras, debemos hacer la más favorable y completa excepcion del magnífico barrio de Huelin, en el cual aparte y expresamente nos ocuparemos más adelante.

Prosiguiendo, pues, nuestro relato, debemos decir que además de esas notables desventajas, existe entre esos barrios y lo que deben ser los de obreros una diferencia importantísima que no podrá negarnos nuestro ilustrado colega; pues mientras éstos tienden al mejoramiento social, político y religioso de la clase obrera, aquéllos son producto de combinaciones económicas que en nada aprovechan al bracero. Si algo gana el que vive en alguno de esos barrios, es un corto

ahorro en el alquiler y alguna mayor capacidad para la familia; pero eso es tan insignificante y tan eventual, que si pasan á poder de otro propietario (como ya ha ocurrido) desaparecen esas pequeñas ventajas y el obrero se ve expuesto á todas las contingencias de un inquilino cualquiera. ¿En dónde está, pues, la bondad de esas construcciones, ni de qué manera suplen la carencia de los barrios obreros?

Pueden, no obstante, servir como tales, despues de bastantes reformas y sin embargo de la distancia que entre ellas media, si sus propietarios, con un desprendimiento que aplaudiríamos (aunque en nada habia de perjudicarles), formasen unidos una Sociedad como la formada en Mulhouse, animada en el espíritu de humanidad, afecto y desinterés que animó á los fundadores de aquélla, que aceptase las bases por que la misma se rige, que diese al obrero iguales beneficios, que se interesase, en fin, por su bienestar y prosperidad ante todo y sobre todo. Entónces, y cuando formada la Sociedad mejorase las fatales condiciones higiénicas de esos barrios y los dotase de hospitales ó casas de salud, de centros de ilustracion y amenidad, de escuelas y talleres, de Bancos populares, de asociaciones de produccion y de consumo, fomentando por ese medio en el trabajador el amor al ahorro, al trabajo y á la familia, entónces convendremos con *El Correo* en que existen en Málaga verdaderos barrios obreros.

Pero esto lo creemos muy difícil. Hace más de veinte años que una persona tan respetable por su reconocida honradez, cuanto por sus desvelos desinteresados en pro de sus conciudadanos, el Sr. D. Indalecio Ferrer, impresionado por la visita que hizo en Enghien á la fábrica de Mr. Lesseps, se propuso crear un barrio obrero en nuestra capital, calcado sobre el que tan admirables resultados morales y económicos habia tenido lugar de admirar; y no obstante el incansable celo del Sr. Ferrer, y sin embargo de sus poderosas relaciones, nada pudo conseguir en un tiempo en que las condiciones de la localidad le permitian haber realizado su proyecto, con la cuarta parte de lo que hoy puede necesitarse.

Véase, pues, cómo no hemos sido nosotros los primeros en interesarnos por la salud de los obreros malagueños, cuya

condicion social no han mejorado esas extensas construcciones de que nos habla *El Correo*. Véase, pues, cómo aunque hayamos propuesto ese fácil medio de llegar al fin apetecido, reconocemos la inutilidad de nuestros esfuerzos y tenemos la conciencia de que predicamos en desierto. Véase, pues, con cuánta razon hemos dicho que el *pauperismo* y los males que aquejan al proletariado, nadie más que éste debe remediarlos. Véase, por último, por qué insistimos nuevamente en que se realice en nuestra importante capital la verdadera fundacion de los *Barrios obreros*.

V.

Cumpliendo lo que á nuestros lectores ofrecimos en el anterior párrafo, tócanos ahora reseñar el *Barrio obrero de Huelin*, vulgarmente conocido por *Barrio del Palo-dulce*, examinando al mismo tiempo si reúne las condiciones indispensables á los barrios obreros, si su construccion ha sido beneficiosa para la clase proletaria, y si ésta disfruta en él de mayores ventajas materiales y morales que en los demás barrios de la poblacion. Pero ántes de entrar en el asunto, debemos hacer constar que las ideas y conclusiones vertidas en este artículo como en los precedentes, no obedecen ni reconocen mira alguna interesada, tendiendo sólo, como tenemos hace tiempo acreditado, al mejoramiento social, político y religioso de los honrados hijos del trabajo. Hecha esta aclaracion importantísima, vamos á cumplir nuestro propósito.

Topográficamente considerado, el Barrio obrero de Huelin goza de condiciones inmejorables. Situado en las inmediaciones del mar y en una vasta llanura, rodeado de magníficas huertas, respirándose en él un aire siempre puro, próximo á la capital, de la cual dista escasamente dos kilómetros, y más próximo aún á las fábricas de hierro y algodones, y la estacion del ferro-carril y demás centros manufactureros y comerciales de Málaga, es digno por este solo concepto de la proteccion que le dispensa el elemento obrero, que acude de continuo á engrosar la ya respetable cantidad de familias

que lo pueblan. Pero esas ventajas, de por sí importantísimas, son las más insignificantes del barrio. Las casas, cuyo número asciende hoy á cerca de quinientas, debiendo llegar más adelante hasta mil, son como las de Mulhouse, independientes unas de otras, y se componen de sala, dormitorio, alcoba y cocina, además de un pequeño patio-jardín, que sirve también á los inquilinos para lavadero y para criar gallinas, cerdos, etc. Las condiciones higiénicas de estas habitaciones son inmejorables, pues además de los puros aires del mar que sin cesar y de continuo refrescan y renuevan la atmósfera, los patios-jardines que hemos mencionado ántes convienen todos á un gran centro formado por cada manzana y separados tan sólo por paredes de caña, que dejan circular el aire más libremente y que á la vez permiten al inquilino disponer de mayor espacio de terreno. El alquiler de las casas varía entre 30 y 40 reales, infinitamente más barato que lo que se paga en cualquiera de los anti-higiénicos corralones ó de las enfermizas casas de vecinos; y si á esto se agrega que el obrero puede proveerse, sin salir del mismo, de todo lo indispensable para el mantenimiento de su familia á precios mucho más bajos que los que se cobran en Málaga, resulta para el trabajador que vive en el *Barrio obrero de Huelín* una respetable economía que puede aplicar á la formación de un modesto capital para sus hijos, gozando, sin perjuicio de esto, de un inmenso bienestar en su modo de subsistir.

Las calles del barrio obrero en Mulhouse tienen 11 y 8 metros de anchura respectivamente. Las del que reseñamos miden 15, 10 y 5, según su categoría, y están bastante más aseadas y limpias que la mayor parte de las calles de Málaga. Además, este barrio se halla provisto de excelentes tiendas de comestibles, carnicerías, tocinerías, panadería, barbería, estanco, almacén de vinos, y hasta de una pequeña verbená.

Una preciosa capilla situada en la plaza que da entrada á la fábrica de azúcar, sirve para que los habitantes llenen sus deberes religiosos, y en ella se celebra los domingos y demás días de fiesta el sacrificio de la Misa, y con bastante frecuencia sermones y pláticas religiosas, que versan generalmente

sobre los preceptos morales y también sobre los misterios de nuestra santa religión.

Hay asimismo una escuela de primeras letras, cuyo local cede gratuitamente el Sr. Huelin, y á la cual concurren asiduamente unos 70 niños.

Un médico, que se esmera en el cumplimiento de sus deberes, hace visitas cuotidianamente, y los enfermos pobres reciben grátis toda clase de medicamentos.

Por último, las fábricas de azúcar, albayalde, aguardiente y crin vegetal, establecidas en el mismo, le proporcionan, al par que una alegre animación, bienestar y sustento á las familias que allí residen.

Comparado con los barrios ingleses, con los alemanes, y aún con el mismo célebre barrio obrero de Mulhouse, el que nos ocupa les supera en condiciones higiénicas. En cuanto á las morales, puede figurar dignamente entre los mejores, pues ese dulce sosiego de la familia, esa indecible dicha del hogar, esa paz del corazón, esa conciencia de santos deberes cumplidos sin violencias ni desasosiegos, ha influido tan poderosamente en los moradores del barrio de Huelin, que ningun crimen ni ningun delito ha venido á turbar un instante la dulce tranquilidad que disfrutaban. Por lo que toca á las mejoras sociales que haya podido obrar en la clase obrera, basta la relación que de sus condiciones generales hemos hecho, para comprender que las ha realizado y las realiza en grado superlativo.

Pero aún hay más. Cuando un inquilino cae enfermo ó deja de percibir jornal por falta de trabajo, *nos consta* que no se le exige el alquiler de su casa, ínterin se halla en tan críticas circunstancias. Algo más sobre esto pudiéramos añadir, pero no lo hacemos respetando susceptibilidades para nosotros muy atendibles. Sólo añadiremos un hecho digno de atención. Durante el año de 1873, ni un solo inquilino dejó de abonar el arrendamiento de su vivienda. Esto no necesita comentarios, y por sí sólo dice en su obsequio mucho más que todas las alabanzas.

Por nuestra parte, creemos que el Sr. Huelin ha hecho con su barrio un bien inapreciable á la clase trabajadora de Má-

laga, y que su conducta desinteresada merece los más espontáneos elogios y las mayores alabanzas.

VI.

Resumiendo, pues, las ideas emitidas en los anteriores párrafos, diremos: que hoy más que nunca es indispensable mejorar las condiciones de vida de las clases trabajadoras; que como primera y principal mejora deben establecerse los *barrios obreros*; que por hoy creemos difícil que esto pueda realizarse por medio del poderoso elemento de las Sociedades cooperativas; que este defecto pudiera remediarse por los capitalistas y fabricantes unidos en asociación, convirtiendo sus barrios, previas las mejoras indispensables, en barrios de casas propiedad de los obreros, tomando por modelo á la Sociedad de Mulhouse; que para llegar á este fin tan anhelado, tememos grandes inconvenientes; que la generalidad de los llamados en Málaga *barrios obreros*, carecen en absoluto de las condiciones generales y particulares que deben caracterizar á estas construcciones; y por último, que el único barrio que por sus cualidades puede aceptarse como conveniente á la salud y á los intereses de las clases trabajadoras, es el *Barrio de Huelin*, superior por muchos conceptos, como ántes hemos dicho, no sólo á los de Málaga, sino á los barrios extranjeros.

N. MUÑOZ CERISSOLA.

MEJORAS SOCIALES (1).

Al constituir la agricultura, la industria y el comercio, con la navegacion necesariamente, los grandes ramos del fomento de la riqueza, exigen el planteamiento de un sistema bien combinado de

(1) Este artículo está tomado del notable y reciente discurso de recepcion del Sr. D. José García Barzanallana en la Academia de ciencias morales y politicas, de acuerdo con el autor.

las diversas clases de mejoras sociales. Siempre serán un poderoso, y, en no pocos casos, el principal resorte para facilitar y hasta generalizar los efectos provechosos de la accion incansable del trabajo, en su aspecto abundante en resultados, que, como generadores de la prosperidad pública, satisfagan las necesidades, así materiales como morales.

Enriqueciendo, al paso que ilustrando y moralizando, á las masas populares, se hace fácil la tarea de que los malos instintos no ejerzan influjo sobre su corazon, impresionable siempre, por lo mismo que suele faltar el freno de la educacion, que hace á los hombres religiosos, morales y virtuosos; y el de la instruccion, que, sirviendo de complemento para procurar la gloria, la prosperidad y la dicha de las naciones, convierte á sus individuos en miembros aptos, útiles y entendidos, hasta hacer de ellos especialidades, segun las profesiones á que se dediquen.

Las mejoras materiales, que facilitarán y apresurarán los adelantos progresivos de los pueblos, reclaman que la atencion se fije sobre tres clases de objetos.

Son los de mayor cuantía las vías de comunicacion terrestres y por agua, en sus muchas y variadas especies, que acercan — hasta suprimir, puede decirse, las distancias — los hombres y las cosas de que hayan de utilizarse; aprovechando para ello los adelantos modernos, relacionados con el vapor y la electricidad, que favorecen el trasporte, así de las personas como de las primeras materias, instrumentos del trabajo y productos elaborados, hasta facilitar el consumo de ellos, por la baratura de sus precios, entre el mayor número de individuos. Modificándose de esta manera los intereses constitutivos de las sociedades, influyen sobre las costumbres, ideas, sentimientos y creencias; hasta convertirse en garantía necesaria, primero de la libertad — bien inapreciable cuando es entendida de una manera sensata, para que pueda ser aplicada á todos los actos de la vida, — y despues de la prosperidad general.

Cuéntanse, en segundo lugar, los Bancos hipotecarios y otras instituciones de crédito, por cuyo medio los capitales, si no se multiplican realmente, acrecen de una manera considerable en su accion y su poder; proporcionando recursos al productor para agenciarse los elementos del trabajo, y al consumidor para adquirir con facilidad y baratura los objetos elaborados.

El principio de asociacion, bajo el punto de vista económico y comercial, necesita ser defendido y llevado á la práctica; pues, con mayor ahorro en los gastos de administracion, permite ver conver-

tidas en un hecho, empleando para ello ménos tiempo, las mejoras materiales más importantes, bajo una sola direccion inteligente, y con mayor economía de fuerzas vivas personales, de capital y de intereses, para lograr el mismo resultado que se obtendria si las industrias marchasen con independencia entre sí y bajo la gestion de diversas manos. Constituye una especie de socorro mutuo, para las necesidades tambien mutuas; haciendo que converjan á un fin idéntico los medios prácticos, ántes aislados, y llevando á cabo la mancomunidad de los intereses de los asociados, en mayor ó menor escala segun el objeto, para que se verifique la reunion de sus esfuerzos y medios de accion.

Por último, para comprender la posibilidad de las mejoras materiales, es imprescindible la instruccion especial que abraza el aprendizaje en los individuos de la clase obrera, y la enseñanza industrial en la generalidad de los correspondientes á las demás profesiones populares. Sabiendo utilizar los elementos de la riqueza, por haberse familiarizado con el manejo de los medios á propósito para hacerlos provechosos, y asegurar, por otra parte, en las épocas de profundas revoluciones políticas, la preponderancia de la mesocracia, conducirian á hacer desaparecer los fatales resultados de lo que podremos llamar con verdad la fauna de conocimientos, de los vicios, de los malos ejemplos y de la miseria, inherente todo al estado de las clases más inferiores.

Si el hecho exclusivo del nacimiento no tuviese un gran valor apreciable, se habria logrado un triunfo de cuantía, sabiendo dirigir los esfuerzos de los individuos importantes de las clases medias hácia una situacion de la que pudiera con justicia decirse que la superioridad política y la social pertenecian á las personas que hubiesen acertado en la manera de hacer converger los trabajos de aquellas numerosas clases hácia lo que contribuye á hacer verdaderamente real y práctica la vida, en las condiciones actuales de la existencia.

Las mejoras sociales lo serán en realidad cuando en su organizacion se logre el beneficio del mayor número, más bien que el de una escasa y privilegiada parte de los habitantes de un país.

Pero no es dable que en provecho de las clases ricas ó de las colocadas en posicion desahogada se planteen ventajas relativamente al estado social y á la riqueza, en sus diversas acepciones, sin que este progreso haya dejado de traer consigo, como requisito indispensable, otro, proporcionalmente análogo y adecuado, en el desarrollo intelectual de las clases obreras, uno de los elementos productores del trabajo, que, elaborando con esmero y las demás cir-

cunstancias favorables para obtener la mejora de los objetos, lograrán ver satisfechas sus necesidades de una manera abundante, cómoda y económica.

Las necesidades materiales comprenden gradualmente toda la escala posible de los goces. Empezando por lo indispensable para la vida, en su sentido más estricto, continúan por lo útil, reputado como secundario y no imprescindible, hasta terminar por comprender cuanto entra en la categoría de lo superfluo, ó sea del lujo, en lo cual no entra ya medida ni traba alguna. El refinamiento del gusto busca, halla y sabe aprovechar cada día nuevos y variados campos á que extender su influencia, siempre progresiva, y en la misma razon en que la actividad productora se desarrolla, como resultado de la mayor esfera de accion en que giran sin cortapisa los conocimientos humanos.

Las necesidades del alma, á su vez, si la existencia ha de ser útil, social, intelectual, religiosa y continuadora de la obra benéfica de la familia, fortificando los lazos de afecto recíproco entre sus individuos primero y los de la nacion despues, habrán de abrazar todo lo relativo no sólo á la enseñanza elemental, considerándola como la esperanza del triunfo de las buenas doctrinas y del régimen acertado de los pueblos, sino á los ramos de la educacion en general; evitando que sea sustituida por una falsa ilustracion, que propague y haga arraigar verdaderos errores, cuya desaparicion sea muy difícil y costosa. Por último, estas necesidades del alma se referirán á cuanto pueda afectar al cultivo del corazon y de la inteligencia, pero preferentemente acerca de los principios fundamentales de la moral cristiana.

Perfeccionando ésta nuestro carácter y las inclinaciones naturales en la parte no sólo física, sino intelectual, moral y religiosa, se contribuirá á que las nociones sobre las verdades científicas, como regla general, influyan de un modo enérgico y decisivo sobre los fueros de la humanidad, asegurando los grandes intereses del país, segun reclama el afianzamiento de la civilizacion propiamente dicha.

Así harán que se arraigue el afecto apasionado hácia el bien, y á los sacrificios sublimes de abnegacion, de desinterés y de las demás virtudes. Así se realizarán, con actos meritorios de todo género, los propósitos más nobles y generosos, despues de dejar cubiertas las atenciones materiales de realizacion inmediata é inevitable, como remedio para evitar que, en otro caso y sin el freno de la religion— que lo es muy poderoso, áun en las épocas que tanto se ensalza el

descreimiento, intentando presentarlo como falta de preocupacion y de fanatismo,—tenga lugar un gran desarrollo de los males inherentes al predominio de los instintos más vulgares, egoistas y aun criminales.

El trabajo nunca dejará de constituir la fuente inagotable y el manantial perenne de la riqueza, en las múltiples manifestaciones bajo las cuales puede siempre presentarse, constituyendo las verdaderas mejoras en la condicion de los pueblos.

El trabajo influirá, proporcionando vitalidad é importancia, facilitando los medios oportunos para el mantenimiento general y retribuyendo generosamente á los que, al perseverar en su laudable intento de dedicarse á las ocupaciones laboriosas, obtengan la mejora de las prácticas apoyadas en la ciencia que las regulen, haciendo así más productivos los esfuerzos materiales, que, unidos al tiempo y á los recursos metálicos, forman la vida y el poderío de los Estados.

Dirigidos los propósitos de una buena administracion y gobierno á dejar satisfechas con holgura las necesidades sociales, incesantes é indefinidas siempre, cuando se hallan cubiertas interior y exteriormente, permiten disfrutar de una existencia cómoda, y sin las estrecheces que impidan el goce normal de las utilidades mutuas de los asociados. Tendiendo á extenderlas en la escala oportuna, sin limitarlas á un número reducido de individuos, dejan de convertirse en un privilegio abusivo, siendo la recompensa justa de los méritos de cada cual. Obsérvase al mismo tiempo, en tales casos, que son mayores estas utilidades en una progresion ascendente, igual á la en que la poblacion adquiere más incremento, segun las leyes físicas y morales, por las que se obtiene este resultado.

Pero el conseguirlo acertadamente depende de que hayan sabido elegirse los medios oportunos de facilitar recursos abundantes entre los imprescindibles, para la subsistencia, á fin de que el fomento de los intereses materiales coincida con la satisfaccion de las necesidades intelectuales y morales inherentes al desarrollo de la sociedad.

Por la circunstancia de comprender á todas las clases que forman la humanidad el disfrute tranquilo de un bienestar asegurado, han de dirigirse los propósitos de los individuos de manera que en las contingencias de la vida sirvan honrosamente á su patria, en las funciones que cada cual ejerza, y se dispongan para goces más ciertos y duraderos cuando pasen á otro estado más ventajoso y permanente.

Con el trabajo se logrará no sólo fomentar los medios de subsistir en el momento en que se practica, estableciendo una propiedad meramente accidental y transitoria, como transitoria es igualmente la existencia de los que, activos, enérgicos é industriosos, dedican sus esfuerzos para alcanzarla. Sus resultados serán mucho más eficaces todavía, y su accion más intensamente provechosa.

Adecuado ejemplo de comparacion para este caso es lo que ocurre con quien, al plantar un árbol, se halla convencido, en la mayoría de los casos, de que, segun todas las probabilidades, no ha de poder guarecerse á la sombra de sus ramas, para-evitar los rayos abrasadores del sol; pero que, sin embargo, se decide á realizar su propósito y á dedicarse con cuidadoso esmero á su cultivo y mejoramiento, sin miras de interes personal. Este proceder, no muy frecuente en los actos de la vida, es, por lo mismo, acreedor á justo encomio.

El productor del bienestar privado no lo es para ventaja exclusiva suya, sino juntamente de otros; resultando mayor su trascendencia, pues habrán de coadyuvar á la creacion de un porvenir social venturoso.

Los goces anhelables por los hombres decididos á formar agrupaciones, que proporcionen la posibilidad de las mayores utilidades consiguientes á la vida así practicada, que es el fin de la civilizacion, no se han de limitar á los actos que sirvan de provecho inmediato y privativo de los que hayan empleado sus afanes y laboriosidad, no ménos que desembolsos cuantiosos, en muchas ocasiones, para obtenerlos. Muy fácil es que no lleguen á poder disfrutar por sí mismos de los beneficios que, como probables, se tuvieron en cuenta al decidirse á acometer la empresa que los produjo.

Satisfaccion íntima, y no escasa, reporta el que los hace trasmisibles á sus herederos, al abrigar la creencia de que éstos recordarán con cariñosa simpatía el paso por el mundo de los que, además de proporcionarles una posicion social desahogada, contribuyeron á establecer el poderio material y el político de la nacion á que pertenecen, y que, por regla siempre observada, son indicio cierto de una suerte feliz, que les permite ejercer un influjo preponderante, y tal vez decisivo, en los destinos de la humanidad.

Los gobiernos, prescindiendo de las formas políticas en que respectivamente se hallen establecidos, si han de realizar su mision, uniforme para todos ellos, de ser los protectores celosos y entendidos del desenvolvimiento material en lo que, bajo cualquier concepto, afecte á la riqueza, la ilustracion y las demas condiciones ventajosas

para los intereses generales de sus administrados, tienen que dedicarse á la investigacion de los medios oportunos para desempeñar con fruto la tutela de cuanto pueda calificarse de provecho colectivo de la sociedad.

Los métodos de procedimiento podrán ser muchos en número y diversos en la forma empleada para su aplicacion; como variables son tambien las circunstancias peculiares de los pueblós, y distintas las de las épocas en que los principios fundamentales de gobierno hayan de plantearse. El fin será siempre el mismo é invariable.

Si los hombres que se encuentran colocados al frente de un país han de demostrar la legítima razon que les asiste para regir sus destinos, nó por efecto de móviles que tengan su explicacion en épocas anormales, y transitorias por lo tanto, sino en virtud de merecimientos propios, haciéndose acreedores al respeto y á la consideracion anejos á la responsabilidad que sobre ellos pesa, su deber primordial habrá de consistir en dedicarse con el mayor esmero á la práctica equitativa, ya que no arreglada á los principios de una justicia nimiamente exacta, de los sistemas administrativos, económicos y sociales, que realicen la mejora del estado general de los pueblos que, como puestos bajo su direccion, tienen el deber de dirigir por la senda del perfeccionamiento humano.

La forma de verificarlo ha de aparecer ante todo el resultado natural, inmediato y preciso de las gestiones individuales, sabiamente encaminadas al logro de sus deseos; esforzándose por que éstas se presenten desembarazadas y espontáneas, á fin de no privarles del mérito especial de que se patentice la libertad completa de los procedimientos.

La adopcion y la propagacion de los medios más aptos para mejorar el resultado del trabajo, aceptando esta palabra en términos generales, pueden contribuir, bajo infinitos puntos de vista, al bienestar público. Así se verificará, ya inaugurando, ó ya haciendo valer para lo porvenir, en lo relativo á la organizacion, algunos cambios que no deben asustar, aún cuando disientan de los sistemas conocidos ántes. De aquí se origina la necesidad de fomentar prudentemente el espíritu de asociacion, para reunir, haciéndolos fructuosos, los esfuerzos, así intelectuales como materiales y metálicos, de todos los interesados; y siguiendo para ello, en cuanto tenga de aprovechable y ya experimentado en buen sentido, el nuevo giro dado á las ideas, y hasta, si se quiere, las llamadas preocupaciones, justificables en cuanto dimanen de los escarmientos que produce la presencia de

males dolorosos, por el olvido de los principios generadores de la prosperidad pública.

Han de removerse, pues, con ánimo decidido, por cuantos puedan contribuir, en mayor ó menor escala, á la gobernacion de los pueblos, y segun corresponde que lo verifiquen todos los que abriguen la conviccion de la verdad, de la justicia y de la eficacia de su proceder, cualesquiera clases de obstáculos que embaracen, ya que no impidan, el desarrollo de tales medios. Siempre se ha dicho con razon—y en el caso actual podria alegarse con más fundamento que en otros—que cuanto más difícil sea la empresa que se acometa, tanto más merecedor de encomio será el triunfo obtenido sobre las contrariedades que se opongan á que se consiga.

La desaparicion de estos obstáculos se deberá, en primer lugar, al empleo previsor y discreto de las disposiciones administrativas de carácter general que se dirijan á centralizar los recursos y las gestiones parciales en una sola mano ilustrada, á la par que respetable por su autoridad y por su prestigio, debido á su manera de proceder, con inteligencia y con justicia.

Unificada eficazmente la accion productora, se evitará que los impulsos individuales, procediendo aislados y sin mutuo acuerdo entre sí, carezcan de la cohesion y del enlace indisolubles de que nace la verdadera fuerza. No dejarían de aparecer, por lo tanto, impotentes en realidad, ó poco ménos, á pesar de lo privilegiadas que se presenten las condiciones privativas de los pueblos á que se refieran, y dignos de más provechosos resultados los intentos de las personas que los empleen, cuando para su ejecucion presida un pensamiento patriótico, sí, pero poco gubernamental.

La carestía que se observa en los precios de una gran parte de los artículos alimenticios, que puede con razon decirse que constituyen la vida entre nosotros, reconoce por causa primera las cuantiosas sumas de numerario que España logró reunir, desde mediados del siglo xv, hasta tiempos no muy lejanos todavía. Fué esto una consecuencia de las extensas relaciones que sosteniamos con las comarcas de allende los mares, donde la monarquía española contaba muchos y riquísimos territorios; y, á pesar de que la Península sirvió sólo no pocas veces para que circularsen, como por un canal, las valiosas remesas metálicas que, sin detenerse aquí, iban á emplearse en compras de mercancías extranjeras, y en especial de productos industriales, cuando, no abasteciendo el trabajo interior las necesidades del consumo, era forzoso acudir á manos extrañas que absor-

bieron no pequeña parte de los metales preciosos importados de América.

A los capitales que estas remesas de numerario contribuyeron á formar, es preciso atribuir el aumento en los precios que todos los objetos experimentaron, como resultado de la trasformacion esencialísima que se notó en sus condiciones constitutivas, y particularmente de la industria agrícola, cuyos intereses económicos son los preponderantes en la gran mayoría de las regiones del territorio español.

Observábase esto aún ántes del movimiento nacional y patriótico que la invasion de las tropas del genio militar, en principios del siglo actual, victorioso hasta entónces, le obligó á realizar, en defensa de la noble causa de la independencia y del amor propio ofendido; elevándose con ello el nombre de nuestra nacion á una altura á que no habian conseguido que llegase el suyo, á pesar de los gloriosos hechos de sus armas, otras potencias más poderosas con las que el caudillo de los ejércitos franceses habia guerreado.

Los resultados de las revoluciones mal dirigidas son siempre muy perjudiciales, atrayendo la inseguridad, que es indicio cierto de la próxima desaparicion de los pueblos en el catálogo de los que dirigen el movimiento de adelanto de las sociedades.

El desarrollo dado á los diversos sistemas de medios para facilitar las comunicaciones, así por tierra como por mar, hasta en formas inconcebibles para el ingenio humano cuando la ciencia no habia arrancado á la naturaleza algunos de sus secretos, coincidió con el reparto más equitativo de la propiedad entre un número mucho mayor de individuos, no sólo de los que ya figuraban como dueños de alguna parte del territorio, sino de los que entraban á serlo entónces.

Constituyeron uno de los casos á que nos referimos, como base muy esencial para fomentar la prosperidad pública, las nuevas roturaciones de terrenos, ántes incultos, y la desamortizacion de cuantiosos bienes, pertenecientes á mayorazgos, comunidades religiosas, corporaciones civiles, y los demás conceptos incluidos bajo la denominacion de manos muertas.

La desaparicion de algunos privilegios y exenciones, comprensibles sólo cuando se desciende á investigar cuál era la índole de la civilizacion de otros tiempos y sus causas determinantes, demuestra que, llevados hasta un punto extremo, son opuestos á los adelantos hechos en las ciencias económico-sociales, acerca de la proteccion que debe dispensarse á los intereses públicos.

Al acrecer el importe de la materia contributiva, se amplía forzosamente la base justa para la fijacion de los impuestos, siempre dolorosos, pero imprescindibles para el Estado, si han de verse atendidas sus obligaciones; y cuyo pago corresponde á los que, disfrutando de ventajas cada dia mayores, ven realizadas las exigencias de la civilizacion, segun ahora se entienden, sin que, una vez emprendido el camino de los goces y de las mejoras, sea fácil ponerles un limite.

Abundan los brazos para fecundizar el suelo patrio, bajo el punto de vista de la agricultura, el más variado y rico venero, por regla general, de los diversos ramos productores de la riqueza, y especialmente entre nosotros, pues á la circunstancia de ser la poblacion agrícola española tan frugal como la que más, reunimos la de una periodicidad de las estaciones bastante regularizada, segun las zonas, adecuadas á los diversos cultivos. Otro tanto sucede para prestar animacion y vigoroso desarrollo á las fábricas y talleres, desde los que se aplican á las industrias elementales, primitivas y de mecanismos poco complicados, hasta las elaboraciones muy detenidas, minuciosas y esmeradas á que el genio inventor más privilegiado puede dedicarse.

Numerosos individuos encuentran ahora, con grande utilidad para el bienestar público, una ocupacion constante y lucrativa, y que dejaban de hallarla ántes, por buscar, no siempre con buen acuerdo, un empleo problemáticamente ventajoso en las extensas y lejanas regiones que formaban parte del territorio español ultramarino. Bien puede decirse que semejante causa permanente de la emigracion privaba á nuestro país de gran parte de sus habitantes más necesarios para dedicarse á las faenas del trabajo material, y áun al ejercicio de las profesiones liberales.

No eran entónces, ni soa todavía hoy, áun cuando en menor escala por fortuna, un motivo eficaz para desilusionar á muchos de nuestros conciudadanos, los repetidos casos en que fracasaban lastimosamente las esperanzas concebidas por los que se proponian adquirir una posicion desahogada fuera de la Península; siendo muchas las víctimas de tal anhelo. Este suceso, siempre lamentable, lo era mucho más cuando las pérdidas recaian, de un modo casi exclusivo, sobre la poblacion viril y laboriosa, que, de haber contenido sus aspiraciones dentro de límites modestos, habria contribuido á proporcionar resultados más beneficiosos para el interés privado y para el general de la nacion.

La imposibilidad de dedicarse, bien á la vida contemplativa reli-

giosa en el retiro monástico, ó bien á la mendicante, propia de los individuos de algunas Órdenes regulares, que un gran número de personas, encontrándose en la edad más á propósito para el trabajo, elegia, privando de brazos activos á la agricultura, á la industria fabril y al tráfico, ha contribuido á que las faenas propias de estas ocupaciones laboriosas encuentren ahora mayor abundancia de elementos que se hallaban esterilizados ántes para estos objetos. Siendo muy aptos para su desarrollo, puede verse más cómodamente atendido el deber de fomentarlos; porque, á medida que aumenta la poblacion consumidora, se ha observado coincidir con este hecho, en todas las naciones que progresan en lo relativo á la mejora de su bienestar social, el acrecentamiento de las necesidades cuya satisfaccion habrá de procurarse.

Extendido, áun á las clases poco favorecidas por la fortuna, el deseo de ensanchar el círculo del disfrute de los goces materiales, la actividad productora ha encontrado incentivos cada vez más poderosos, sobre los que tuvo hasta ahora, para un intenso desenvolvimiento, que es forzoso dejar satisfecho, desde que para ver realizadas tales aspiraciones se posean medios bastantes que contribuyan á la propagacion de la riqueza, facilitando con las mayores demandas la produccion á bajos precios de los objetos en que se ocupe la laboriosidad del pais.

Con el planteamiento en España de métodos perfeccionados para el cultivo de las propiedades territoriales y de la fabricacion de artefactos, en las infinitas trasformaciones que las industrias experimentan, métodos no extendidos bastante entre nosotros despues de los adelantos realizados en otras naciones más ilustradas acerca de las verdaderas necesidades de los pueblos, se obtendrá no sólo la mejora de la produccion, sino la facilidad de acrecer el número de consumidores y el aumento de intereses por los capitales invertidos.

Los propietarios é industriales verán recompensados su decision más atrevida, sus desvelos y la falta de temores para lo porvenir, con el disfrute de una posicion social más desembarazada, que les permita dar pasos de mayor trascendencia por el camino de las mejoras materiales que no se hallen en oposicion con las morales, á que ha de atenderse con la preferencia que su sagrado objeto reclama.

El aumento de la produccion origina la necesidad de acrecer y mejorar los medios de trasporte; así como las facilidades para trasportar favorecen forzosamente el aumento de demandas de los

objetos producidos; siendo la consecuencia en uno y otro caso el fomento de la riqueza pública.

La electricidad, haciendo que se comuniquen rápidamente entre sí los puntos más lejanos, facilita el conocimiento de los en que pueden adquirirse los artículos de que otros carezcan; y los que tienen abundancia de ellos saben dónde hallar colocación para los sobrantes después de cubierto el consumo propio.

Con el más fructuoso empleo que encuentran los capitales por el desarrollo de la riqueza general, ésta gana en fuerza productiva, y se logra abaratar los precios; pues la mayor intensidad del trabajo es causa de la multiplicación y perfeccionamiento de los productos.

Inaugurado un cambio radical en las condiciones esenciales de la organización española, todo hace creer que no sólo se conservará para lo futuro, sino que, acentuándose cada vez más sus efectos, muy distintos de los obtenidos anteriormente, mejorará la situación general de nuestro país, sin limitarse á localidades y á épocas determinadas.

(Se concluirá.)

JOSÉ GARCÍA BARZANALLANA.

SECCION HISTÓRICA.

BIOGRAFÍA DEL BARON DE LIEBIG.

I.

En un hermoso día del mes de Mayo de 1823, y á las tres y media de la tarde, se hallaban reunidos, segun tenian de costumbre todos los lúnes, un pequeño grupo de jóvenes, como de 20 á 22 años, en el primer patio del Instituto de Francia, entrando por la puerta izquierda de la fachada principal frente al palacio del Louvre.

Esta reunion nada tenia de hostil, á juzgar por la alegría que se notaba en sus individuos, habitantes todos del bullicioso barrio latino de París: comentaban con bastante viveza unos interesantes trabajos científicos del eminente químico Gay-Lussac, entremezclando con este asunto el interes que á juicio de algunos habia de tener la sesion que debia verificarse la misma tarde en aquel centro del saber humano, que bien hubiera podido llamarse entónces cerebro de Europa por más de un concepto.—Los sabios académicos fueron entrando, á la vez que un corto pero ilustrado público, por la puerta que guia á la biblioteca, y nuestros jóvenes tomaron igual direccion, no sin saludar, con muchísimo más respeto que á un monarca, á los ilustres miembros de aquella eminente asamblea que hallaban á su paso, subiendo de punto su admirador cuchicheo, lleno de inmensa veneracion, al detenerse formados en disciplinado zaguanete, para ver desfilar á su paso, camino del salon de sesiones, á tres celebridades científicas de la época, Thenard, Dulong y Arago, quienes respondieron con paternal bondad á sus corteses pero mudas y respetuosas reverencias: en esto dieron las cuatro en el reloj del edificio, y se declaró abierta la sesion en medio del más absoluto silencio, comenzando el secretario á examinar la correspondencia y dando concisa cuenta á la docta reunion de lo más esencial de ella.—Terminada esta tarea preliminar, hubo una breve pausa que hizo latir más de un corazon entre aquellos jóveues, ántes tan alegres y decidores, y ahora embargados por la solemnidad de aquel acto y la

emocion que habrán sentido todos los que por vez primera hayan tenido que someter sus primeros trabajos científicos á tan imponente cuanto sabio tribunal. Trascorridos cortos instantes, que parecieron siglos á alguno de los espectadores, se oyó la voz clara y sonora del secretario perpetuo, que decia: «M. Liebig tiene la palabra para leer á la Academia una comunicacion.»

Acto continuo se vió destacarse del grupo que hallamos á primera hora en el patio del Instituto á un jóven como de 20 años, de hermosa é inteligente fisonomía, con unos ojos dotados de tal fuerza de penetracion y dominio sobre los demás, que dificilmente podia mirada alguna sostener con la suya un combate prolongado de exploracion y fijeza: su aspecto era modesto y un tanto tímido, su aire extranjero; se acercó con alguna turbacion á la mesa que hay frente de la presidencia, desarrolló unas pocas cuartillas, y leyó en francés, pero con acento marcadamente germánico, su modesto trabajo sobre la composicion química del fulminato de plata.

El grupo de sus amigos seguia con el vivo interés que engendra la fraternidad científica y en esa dichosa edad, en cuanto se relaciona con nuestros compañeros de estudio y de laboratorio, estrechando todos despues con silencioso entusiasmo las manos del jóven Liebig, cuando, al terminar su corta Memoria, regresó, no bien repuesto todavía de su profunda turbacion, al primitivo asiento.

La Memoria del jóven estudiante de química habia causado cierta impresion en el ilustre Congreso, y era de ver los comentarios que por lo bajo hacian entre sí los distinguidos académicos, viéndose á muchos dirigirse á Gay-Lussac, en cuyo laboratorio se habia hecho aquel trabajo, para preguntarle antecedentes acerca del simpático jóven alemán que tan temerariamente habia acometido el difícil, nuevo y expuestísimo estudio del fulminato de plata, para fijar la composicion del ácido fulmínico.

Sin duda debieron ser excelentes las ausencias que respecto de él hiciera el célebre descubridor del cianógeno, cuando casi todas las miradas de los miembros del Instituto se fijaron en el imberbe Liebig, que, lleno de alegría por haber salido con bien de aquel imponente trance, hablaba por lo bajo con sus compañeros, congratulándose de la pesada carga que habia abandonado; por cuya razon, sin duda, no pudo conocer la curiosidad de que era objeto, ni advertir, sobre todo, la tenaz insistencia con que desde que se sentó en el banquillo de los aprendices á celebridades científicas, en el primer tribunal de Europa, le estuvo contemplando un académico de aspecto venerable, y le seguia observando, ínterin Liebig departia cariñosa-

mente, como dejamos dicho, con sus compañeros de cátedra y de laboratorio, sobre todo, con su íntimo y queridísimo amigo Pelouze.

Continuó la sesión hasta su término; el secretario anunció que la Academia se quedaba en sesión secreta; los concurrentes comenzaron á desalojar el salón, y nuestro grupo de jóvenes hicieron lo mismo, marchando, como todos, de puntillas para evitar el incómodo taconeo sobre el pavimento de madera del referido salón.

Ya estaba nuestro Liebig junto á la puerta de salida, cuando fué detenido con bondadoso ademán por el académico venerable que no le había quitado ojo desde un principio, diciéndole:—¿Cómo se llama usted?—Justo Liebig.—¿Su patria?—Alemania.—¿De dónde?—De Darmstad.—Está bien; el jueves le espero á usted á comer en mi casa; allí se reúnen algunos académicos; tendré el gusto de presentarle á usted á mis compañeros. Con que hasta el jueves, joven; comemos á las siete, ¿estamos? Adios. Dicho esto, se fué otra vez á la mesa presidencial, y el imberbe Liebig se quedó estupefacto por aquella invitación, y sin saber quién era aquel misterioso señor que con tanta bondad le había hablado, no habiéndose atrevido á preguntárselo por rubor de declarar que ignoraba su nombre, y por lo tanto, que no estaba al corriente de las celebridades que componían la primera institución de Francia.

II.

Han transcurrido tres días desde que dejamos á nuestro joven Liebig perplejo ante la inesperada invitación del sabio académico; pasado el primer momento aquel de sorpresa no ha vuelto nuestro protagonista á pensar en semejante cosa, que harto llenan su viva imaginación las variadas ideas científicas que á cada instante adquiere, los hechos que con penetrante mirada observa en su práctica experimental, y hasta acorta el escaso tiempo destinado al necesario descanso de cuerpo y espíritu, para emplearlo en conocer los idiomas inglés é italiano, formando á la vez su gusto é ilustración literaria, mediante la lectura en las bibliotecas públicas, é interpretando, á fuerza de voluntad y constancia, la *Jerusalem* del Tasso y el *Paraíso* de Milton.

Son las siete de la tarde, y transportado el lector á la modesta estancia de nuestro héroe, allá en un cuarto piso del animado barrio latino, le vería apoyados los codos sobre una pobre mesa, y ensortijando maquinalmente con los dedos su blonda cabellera, embebida toda su atención en descifrar las notas recogidas en los cursos se-

guidos aquel día, y poner en claro los datos apuntados en el laboratorio de su célebre profesor Gay-Lussac.

Trascurrirían de esta manera como unos tres cuartos de hora, cuando dos golpes algo animados que se oyeron en la puerta de la estancia sacaron á nuestro jóven estudiante de la profunda abstraccion en que se hallaba. Adelante, dijo, sin cambiar de postura ni volver la cabeza, acostumbrado como estaba á la familiaridad de las visitas de sus alegres compañeros; en esto se abrió con cierto brío la puerta, y ¡cuál no sería el asombro del alumno de química al ver delante de sí al venerable miembro de la Academia de Ciencias que le invitara á comer precisamente para aquel mismo día, y á la misma hora, en la última sesion del Instituto de Francia!

Tratar de describir lo que el atribulado Liebig experimentó al encontrarse frente á frente con el misterioso personaje de marras, y en su humilde vivienda, sería cosa imposible de realizar, pues ni áun el mismo protagonista, de cuyos ilustres labios hemos sabido tan interesante episodio de su vida, hubiera podido hacerlo, y por lo tanto, con ménos razon nosotros, meros narradores de lo que á nuestro célebre, querido y malogrado maestro se refiere; pero en cambio, podemos asistir al interesante diálogo que acto continuo se entabló entre los ya conocidos personajes, rompiendo el silencio el sabio de venerable aspecto, que, envuelto en su largo leviton gris, tenia más bien el aspecto de un juez que no de un naturalista ó matemático insigne.

—¿Sabe usted, jóven, que cumple bien su palabra? Son cerca de las ocho de la noche y nos tiene usted á todos cayéndonos de necesidad por esperarle. Sólo lo siento por mis pobres amigos Laplace, Ampere y Dulong, que están desfallecidos.

—Perdone usted, caballero, pero me dió vergüenza preguntarle á usted el otro día cómo se llamaba; así es que, ignorando su nombre, y por consiguiente, dónde vivia, no me ha sido posible aceptar la honra que usted tuvo á bien dispensarme.

—¡Acabáramos, voto á tal! exclamó el sabio académico; me llamo Alejandro Humboldt; pero despáchese usted, amiguito, y vámonos corriendo, que mi gente estará echando mil pestes contra usted y contra mí.

Aderezado lo mejor que pudo el jóven alemán, bajaron con gran prestezá ambos personajes los ciento y tantos escalones de la elevada vivienda, y entrando en un coche que habia á la puerta, se encaminaron á la casa del célebre autor del Cósmos, mas no sin continuar por el camino el interrumpido diálogo de la manera siguiente:

— Me dijo usted que era...

— De Darmstad, donde he nacido el 12 de Mayo de 1803; me he educado en el Gimnasio de esta ciudad. Terminados á los 15 años mis estudios clásicos, y en vista de mi decidida afición á las ciencias naturales, resolvió mi buen padre colocarme en una oficina de farmacia de Heppenheim, en donde permaneci diez meses, recorriendo despues y sucesivamente Bonn y Erlangen, en cuyos puntos continué dedicado al estudio de dichas ciencias: durante este tiempo fui juzgado digno de ser pensionado en París, á expensas del Gobierno, para perfeccionarme en la química, y aquí me tiene usted desde hace más de un año trabajando en el laboratorio de Gay Lussac, y siguiendo los principales cursos de química general y aplicada en la Sorbona, Colegio de Francia y en el Jardín de Plantas.

— Perfectamente; quedo enterado, y espero hacer algo por usted, amigo mio; pero ya estamos en casa: lo que ahora importa es comer con buen apetito.

Dejemos al ilustre anfitrión disculparse con ingeniosa bondad, ante sus célebres convidados, del mal rato sufrido, á la vez que con cariñoso y paternal afecto presentaba ante la regia compañía al modesto estudiante del cuartel latino; omitamos, por no fatigar al lector, la animada y docta conversacion cruzada durante la comida, y dejemos saborear al jóven Liebig, más bien que los delicados y quizá para él mitológicos manjares servidos en aquel suntuoso banquete, la inmensa y estimulante gloria de sentarse á la misma mesa que aquellas sublimes inteligencias del siglo xix.

A partir de este dia memorable, bien puede decirse que el modesto escolar de química pudo considerar á su venerable protector Humboldt como un segundo padre, pues no sólo le prodigó desde entónces todo género de cuidados y atenciones paternales, sino que viendo en la expresiva fisonomía de su jóven compatriota los rayos de una sublime inteligencia, no paró hasta conseguir que le nombraran, en 1825, profesor agregado de química de la Universidad de Giessen, cuyo puesto ocupó por espacio de doce años, siguiendo durante este tiempo, á la vez que los estudios propios de su decidida vocacion, los correspondientes á la carrera de Medicina, cuyos cursos ganó con suma brillantez hasta el grado de doctor inclusive.

Nombrado en 1836 profesor titular, bien pronto el jóven químico Justo Liebig fué llamando de tal manera la atencion del mundo científico con sus trascendentales descubrimientos y reiteradas publicaciones, que al poco tiempo hizo de la modesta poblacion de Giessen, hasta entónces perdida en el mapa de Europa, el lugar de cita pre-

dilecto de todos los aspirantes á profesores de química de los diferentes países del globo.

Nosotros, que tuvimos la dicha de ser uno de sus discípulos el año de 1851, en union de nuestro inolvidable amigo y malogrado compañero D. Mariano Echevarria, cuya muerte prematura privó positivamente á España de un profesor eminente, nunca olvidaremos el singular aspecto que ofrecia el magnífico laboratorio de Giessen, cuando en las horas de clase y de trabajos prácticos nos reuníamos un verdadero congreso internacional de obreros de la ciencia: allí se veia al elegante Makensi, hoy distinguido miembro diplomático de la poderosa Albion, al lado del reputado profesor de la actual Escuela politécnica de San Petersburgo, Nicolás Socoloff; más acá, en la mesa próxima, junto al hábil Streker, á los renombrados químicos Lehmann y Kelulé; un poco más léjos, á Musprat con Zedeler y Yagor; y en el ángulo opuesto, los dos españoles mencionados, chappurrando el aleman con Hempel y Dolfus. En fin, una verdadera república científica, en donde con más verdad que en ninguna otra estaba grabada en todos los juveniles corazones la famosa divisa *in pluribus unum*.

Difícil seria fijar el número de los químicos que han sido discípulos del célebre fundador del primer laboratorio químico de Europa, desempeñado con tan portentoso éxito durante veinticinco años: por todo el mundo se hallan esparcidos los dignos alumnos del gran maestro de Giessen, cuya pérdida llora hoy la humanidad entera, depositando por doquiera la fecunda semilla de progreso universal que les confiara el genio creador más fecundo de este siglo; el Lope de Vega de la química moderna; el inmortal intérprete de las leyes naturales de la agricultura, sobre que descansa la perpetuidad de la especie humana. Gerhard, Wurtz, Hoffman, Williamson, Kekulé y tantos otros distinguidos químicos, formados bajo la sabia direccion del célebre profesor de Giessen, han sido y son en el dia elocuente testimonio de la verdad de cuanto dejamos consignado.

III.

Bien pronto cundió por toda Alemania la importancia trascendental que para la futura riqueza de esta nacion tenia el espíritu reformador de la nueva escuela química creada por el ilustre Liebig, y debido á ello fué el que se instalaran otros laboratorios semejantes al de Giessen en Leipsik y Göttinga, y que luégo fueron aumentándose de tal modo, que puede decirse, sin exagerar, que apenas quedó

un pequeño Estado alemán en donde no se abrieran estos utilísimos establecimientos, con los cuales pudo más tarde el eminente iniciador de la agricultura moderna impulsar poderosamente sus nuevas teorías y aplicaciones prácticas en la cuestión capital de la producción agrícola del mundo, creando y desarrollando por toda la Alemania, no sin rudas batallas contra la ignorancia administrativa y las vanas pretensiones de los hombres de Estado, y en fin, las erróneas prácticas tradicionales, esas magníficas estaciones agronómicas á que debe la rica y poderosa Germania actual su preponderante fuerza sobre las demás naciones de Europa.

Muerto en 1850 el célebre químico Gmelin, el Berzelius de Alemania, como con justísima razón le llaman sus compatriotas, y habiendo quedado vacante su difícil reemplazo en Heidelberg, se le ofreció á Liebig esta cátedra, que no quiso aceptar, prefiriendo pasar á la capital de Baviera en calidad de profesor de química y jefe de la Universidad de Munich, cuyo puesto ha desempeñado hasta su muerte, así como también el honroso cargo de presidente perpetuo de la célebre Real Academia de Ciencias de la misma capital.

Es punto ménos que imposible citar los innumerables trabajos científicos que ha producido su fecundo genio creador, debiendo aquí repetir lo que en cierta reputada Academia de Ciencias manifestó un sabio miembro de su seno al presentar á nuestro ilustre maestro para una plaza de individuo correspondiente, y ante la dificultad de redactar una nota detallada de todas sus publicaciones y descubrimientos. «En fin, señores, dijo el docto académico, Liebig ha dado á luz, en ciertas épocas, más trabajos y descubrimientos químicos que todas las Academias reunidas de Europa.» Procuraremos, á pesar de esta dificultad, indicar aquellas de sus obras que sean más conocidas, en la certeza de que aún quedarán muchas más que escapen á nuestro recuerdo y diligencia; pero la generalidad se hallarán seguramente en las colecciones científicas alemanas, y traducidas en los *Anales de Química y Física* del Instituto de Francia.

Ha publicado, asociado sucesivamente con Pogendorf, Kopp, Wöhler, Petenkoff y otros, diferentes Anuarios, Revistas, Diccionarios, etc. etc.; y en colaboración de Geiger un *Manual de Farmacia*. La parte de esta obra relativa á la química orgánica, completamente original de Liebig, fué publicada aparte y traducida al francés por Gerhard bajo el título de la *Química orgánica aplicada á la fisiología animal y patología* (París, 1842, en 8.º). Liebig ha publicado además la *Química orgánica aplicada á la fisiología vegetal y á la agricultura*,

Con este libro principia esa grandiosa revolucion agrícola que hace treinta y tres años (Brunswik, 1840) inició el célebre profesor de Giessen, y que ha coronado hoy con su magnífica obra sobre las leyes naturales de la agricultura; sólido é imperecedero monumento de gloria que perpetuará, á través de las generaciones futuras, la envidiable corona que ya han ceñido á sus ilustres sienes sus reconocidos contemporáneos.

Poeta y filósofo profundo, es Liebig siempre original y notable en sus escritos, sorprendiendo la facilidad con que maneja todos los géneros literarios, desde la sátira contundente ó incisiva hasta el más delicado vuelo de la brillante fantasía. Díganlo, en el género filosófico, sus preciosos estudios sobre el desarrollo de las ciencias naturales é importancia de los métodos inductivo y deductivo; causas fundamentales del progreso humano; la metamorfosis de la materia, y su excelente libro sobre lord Bacon. ¿Y las populares cartas sobre la química considerada en sus relaciones con la industria, la agricultura y la fisiología? ¿Hay nada más bello, elegante y altamente filosófico que este libro de consulta para toda persona ilustrada que desee conocer el movimiento de la ciencia contemporánea, á la vez que enriquecer con nuevos sentidos el capital de su inteligencia?

Porque, como dice muy bien su sabio autor, *cada idea que adquirimos es un nuevo sentido que alcanzamos para poder apreciarla*. Pues si del estilo, ora diadético, ya popular ó general, pasamos al irónico é incisivo, veremos desarrollar una potente arma intelectual, con la que acosa y despedaza al contrario, ó bien le pone en términos tan lamentablemente risibles, que casi es preferible quedar prisionero de su razon y subyugado al encanto de su polémica, que ir en libertad con unos cuantos puntapiés y vestido de polichinela. Véase, si nó, como comprobacion de lo que dejamos dicho, su famosa *Critica á los ensayos de aplicacion agrícola, verificados por algunos ingleses y alemanes*, ó los pasajes relativos al estado en que actualmente se hallan las escuelas superiores de agricultura en Europa, y su escasa vida, consignados en las *Nuevas cartas sobre la agricultura moderna*.

Finalmente, nadie ha condensado pensamientos más delicados, bellos y profundos, como Liebig, en los que bien pudiéramos llamar aforismos científico-filosóficos: sirvan como ejemplo, entre mil, estos que de pronto se nos vienen á la memoria:

«La historia del hombre es el espejo en que se refleja el desarrollo de su entendimiento.

»El error es la sombra de la verdad proyectada á través de la inteligencia opaca del hombre.

»El oro y la plata desempeñan en la economía del Estado el mismo papel que los glóbulos de la sangre en la economía humana.

»El carácter de la civilización es la economía de medios: todo gasto inútil, todo desperdicio de fuerzas en la agricultura, en la industria, así como en la ciencia, y sobre todo en el Estado, denota una civilización incompleta, un período de barbarie.

»La verdadera categoría intelectual humana está en el número de ideas ciertas que cada cual tenga, y en su contenido.

»Una nueva verdad es como la fecunda semilla que el águila esconde en la hendidura de una roca: es cierto que en los primeros momentos puede desaparecer bajo el influjo de la menor ráfaga de viento; pero también lo es que, si llega á echar raíces, nada la moverá ya de aquel sitio, y el necio ó temerario que pretenda arrancarla, ántes conseguirá rodar tras de la firme roca en que se halla arraigada, que desquiciarla de su seguro asiento.»

¡Con cuánta amarga verdad pinta en otro sitio (lord Bacon) las penalidades con que tienen que luchar los trabajadores científicos para arrancar sus secretos á la reservada naturaleza, al increpar á los filósofos que miran con pretencioso desden estas conquistas, sin las que su filosofía sería una esfera de jabon lanzada al viento! Dice así: «Las regiones en que viven estos señores son demasiado elevadas para que puedan percibir el sudor que brota de nuestras frentes, encorvadas bajo el rudo trabajo de los penosos experimentos y de las profundas meditaciones...»

Hasta en la correspondencia familiar imprimía el sello de su fecundo ingenio y estilo gráfico, inimitable. Véase cómo pinta, con dos admirables pinceladas á lo Goya, en una de sus muy queridas cartas al autor de esta pálida y defectuosa biografía, el triste estado político y social de nuestra querida patria: «¡Que Dios tenga misericordia de su hermoso país! No es una buena fermentación, capaz de producir buen vino, nó, lo que en esa gran nación pasa, sino una putrefacción que destruye todo el organismo del Estado.»

Inspirado y profundo observador de los hechos, Liebig se remontaba á las leyes y á las causas; abrazaba las relaciones en su conjunto, sintetizándolas despues, con una irresistible fuerza de convencimiento, en principios generales y fecundos, ó en nuevas é importantes aplicaciones.

A este carácter especial de su brillante genio debió, sin duda alguna, el sabio químico alemán el magnífico retrato que de él hace

su célebre protector y compatriota Alejandro Humboldt cuando dice: «Liebig es un águila que se cierne en el cielo; ve materia, desciende, la coge, y se remonta á su celeste mansion.»

¡Dichosas las inteligencias que, cual la de mi inolvidable maestro, han sido tocadas por el dedo del Altísimo, para esparcir el bien por doquiera y ser esplendentes faros de la humanidad hasta la consumacion de los siglos!

RAMON TORRES MUÑOZ DE LUNA.

Noticia de los principales títulos y condecoraciones del Barón de Liebig, tomada del Almanaque de la Real Academia de Baviera (Almanach der Koeniglich Bayerischen Akademie der Wissenschaften).

Liebig (Justo, Barón de), Doctor en Filosofía y Medicina; Real Consejero privado; Conservador general de las colecciones científicas del Estado; Conservador del laboratorio químico y Profesor ordinario de Química en la Real Universidad de Luis Maximiliano; Caballero de la orden de mérito de la Corona de Baviera; gran Comendador de la orden de mérito de San Miguel; gran cruz de la orden imperial mejicana de Guadalupe; Caballero de la orden imperial rusa de San Estanislao, primera clase; Caballero de la orden de Maximiliano para ciencias y artes; Comendador, segunda clase, de la orden de Zähringer-Löwen del gran ducado de Baden; Oficial de la Legión de Honor francesa y de la orden griega del Salvador; Comendador de la orden hannoveriana de los Güelfos; Caballero, primera clase, de la orden de Luis del gran ducado de Hessen; Comendador, segunda clase, de la orden de mérito de Felipe el Magnánimo, del gran ducado de Hessen; Comendador de la real é imperial orden austriaca de Francisco-José; Caballero de la real orden prusiana para el mérito en ciencias y artes; Caballero de la orden imperial rusa de Santa Ana, tercera clase; Caballero de la orden imperial rusa de San Wladimir, cuarta clase; Comendador de la real orden sajona de Alberto, con placa; Caballero de la real orden italiana de San Mauricio y San Lázaro; Comendador de la orden sueca de la Estrella del Norte; Comendador de la real orden española de Carlos III, con placa; Comendador de la real orden wurtembergesa de Federico, y ciudadano honorario de las ciudades de Edimburgo y Guissen; miembro honorario de la Universidad de Dorpat, de la Facultad médica y filosófica de la Universidad de Praga; miembro honorario y extranjero de las Academias de Ciencias de Viena, París, Berlín, Estokolmo, Dublin, Bruselas, Amsterdam, Turin, Bolonia, del Lincei en Roma, de las Sociedades

científicas de Londres, Edimburgo, Gotheborg, Gottingen, Kopenhague, Lieja, del Instituto Lombardo de Milan; miembro corresponsal de las Academias de San Petersburgo y Madrid; miembro de las Sociedades médico-quirúrgicas de Londres y Pesth, de la Sociedad de Artistas de Edimburgo, de las Sociedades botánicas de Edimburgo y Regensburg, de las Academias y Sociedades naturalistas de Berlin, Dresde, Halle, Moscow, Manchester, Glasgow, Lille, de las Sociedades de agricultura de Baviera, Hesse-Electoral, gran ducado de Hessen, Prusia rhenana, Styria, Calcuta, Demerara, Nueva-York, Turin, Moscow, de la Sociedad para el cultivo de viñas de la Ribera-inferior en Australia, y de otras muchas Academias y Sociedades médico-farmacéuticas que sería interminable citar.

APUNTES PARA LA HISTORIA DE CARTAGENA (1).

(Núm. 34. — 8 de Setiembre de 1874.)

Instrucciones generales para el servicio de puertas de esta Plaza.

1.º Habiéndose acordado por la Junta Soberana condenar la puerta llamada de San José, quedan sólo habilitadas para las entradas y salidas del público con los requisitos que se preceptúan, las denominadas del Muelle y de Madrid.

2.º Por dicha puerta de San José sólo podrán salir con pases especiales del Gobernador, los operarios de la fábrica del gas ú otras para necesidades del servicio.

3.º En cada una de estas puertas habrá dos celadores de policía, permanentes desde que se abran hasta que se cierren, con el objeto de revisar y recoger los pases que se expidan á las personas autorizadas para las entradas y salidas.

4.º Nadie podrá salir ni entrar en la Plaza por dichas dos puertas, sin un pase dado por el Gobernador militar de la misma y con el visto bueno ó sello de la Comision de guerra de la Junta.

5.º Las fuerzas armadas que por cualquiera circunstancia del servicio hubieran de entrar ó salir de la Plaza, no podrán

(1) Véanse los números anteriores.

tampoco efectuarlo sin uno especial dado y firmado por el Gobernador militar y visado por el General en Jefe.

6.º Los Jefes militares de las guardias de dichas puertas, son directamente responsables del cumplimiento de estas prescripciones, debiendo oponerse á su infraccion y dar parte inmediato á las autoridades competentes, deteniendo á toda persona que fuera considerada sospechosa.

7.º Los celadores de policia asesorados á la vigilancia, llevarán un registro *ad hoc*, en el que detallarán las entradas y salidas autorizadas con las circunstancias y fines determinados en los respectivos pases, horas precisas en que se efectúen y concepto particular que les merece, con la condicion precisa de entregar todos los dias, despues de cerradas las puertas, el doble talonario de dicho registro en las oficinas del gobierno militar de la Plaza.

8.º En el caso de presentarse en dichas puertas personas no autorizadas, pretendiendo la entrada con fines del servicio ó análogos, deberán ser conducidas por fuerzas de la guardia á presencia de la Junta Soberana, General en Jefe ó Gobernador militar de la Plaza, para su identificación y reconocimiento.

9.º Queda asimismo prohibida la entrada de los individuos que guarnecen los castillos, fuertes y buques sin autorizacion legal escrita de sus inmediatos y respectivos jefes, comandantes y gobernadores de los mismos, en cuyo caso serán detenidos y presentados al Gobernador militar de la Plaza.

10. Toda infraccion á las referidas prescripciones será castigada rigurosamente.

Salud y federacion.

Cartagena 8 de Setiembre de 1873.—El Gobernador de la Plaza, Fernando Pernas.

AVISO AL PÚBLICO.

Considerando los abusos que se vienen cometiendo con las entradas y salidas de la Plaza en las circunstancias excepcionales en que se encuentra y la vigilancia especial que requiere el estado sanitario de los pueblos circunvecinos, prevengo:

Que para que se expidan pases por estas oficinas es requisito indispensable la recomendacion por escrito de persona

caracterizada de la Revolucion. Las horas marcadas en este Gobierno para expedicion de los pases son de siete á doce de la mañana todos los dias.

Cartagena 5 de Setiembre de 1873.—El Gobernador militar, Fernando Pernas.

Junta Soberana de Salvacion de Cartagena.

COMISION DE SERVICIOS PÚBLICOS.

Edicto.

Se saca á pública subasta la construccion de 3.000 pares de alpargatas, cuyo servicio será adjudicado al mejor postor bajo las bases siguientes:

1.^a Que reunan las condiciones convenientes de solidez y baratura.

2.^a Que el importe de la obra será abonado por esta Comision de servicios públicos en efectos existentes en el Arsenal, tales como cáñamo, estopa, metales ó útiles que no sean necesarios al servicio de la Plaza.

Las proposiciones se dirigirán en pliego cerrado desde el dia de la fecha al Presidente de esta Seccion, y el jueves 11 á las doce del dia se celebrará la subasta en el local de esta Junta bajo las prescripciones de costumbre.

Salud y federacion.

Cartagena 8 de Setiembre de 1873.—El Presidente, Alberto Araus.—El Secretario, Manuel F. Herrero.

AVISO.

Desde el dia de hoy se reciben en el buzón de esta Administracion de Correos, cartas para todos los puntos de España y del exterior.

Se advierte que, por circunstancias fáciles de comprender, no es posible admitir certificados, circulando sólo las cartas que se recojan con el sello correspondiente á su franqueo.

El Administrador.

ADMINISTRACION DE ADUANAS.

Estando adeudando algunas casas por derecho de arancel de importacion de carbon y otros efectos desde el 7 de Agosto último varias cantidades, se les hace saber por medio del presente aviso, que en el improrogable término de cuatro dias á contar desde la fecha si no satisfacen sus débitos, se les impondrá una multa del 25 por 100 y se procederá al embargo de los efectos introducidos hasta cubrir el importe de débitos y multas.

Se hallan en este caso:

Gabarron y Compañía, Asociacion de San Jorge; Hilarion Roux, Moreno y Saez, Spottorno, Figueroa, W. Ehlers y Antonio Martinez.

Cartagena 7 de Setiembre de 1873. — El Administrador, Juan Cobacho.

(Núm. 35.— 9 de Setiembre.)

El General en Jefe de las fuerzas de mar y tierra de este Canton, ha remitido á la Junta Soberana del mismo, para su conocimiento y oportuna publicidad, el siguiente importante documento:

CONSULADO BRITÁNICO.

Señores: Tengo el honor de incluir adjunta copia de los oficios recibidos del almirante Sir Hacting Yelverton, en contestacion á los remitidos por V. E. á este Consulado, fechas 5 y 7 del corriente mes. D. G. á V. m. a. — Cartagena 8 de Setiembre de 1873.—Firmado, Edmundo Turner, Cónsul.

Lord de Warden.— Bahía de Escombreras 7 de Setiembre de 1873.

Muy señor mio: Tengo el honor de acusarle el recibo de su carta del 5 del corriente, en la cual me informa que un cordon sanitario ha sido puesto en las puertas de Cartagena, motivado por el estado sanitario poco satisfactorio de las vecinas cercanías; tambien incluyéndome para mi conocimiento la copia de una circular de la Junta Revolucionaria de Cartagena refiriéndose á la neutralidad de Escombreras, la cual

no existe ya.—Queda de V. S. S. Q. B. S. M.—Firmado, Vicealmirante.

Lord de Warden. — Bahía de Escombreras 7 de Setiembre de 1873.

Muy señor mio: Tengo el honor de acusarle el recibo de su carta con esta misma fecha, en la cual me incluye una comunicacion que he recibido del general Contreras, y en su contestacion debo informarle que, cumpliendo con mis instrucciones, observaré una estricta neutralidad con respecto á los acontecimientos de España, mientras los intereses británicos sean respetados; pero mi deber me obliga á vigilar estos intereses, en cualquier parte de la costa de España en donde existan.—Soy de V. S. S. Q. B. S. M.—Firmado T. Yelverton, Vice-almirante y Conte, Jefe.—Es copia.—Edmundo Turner.

Junta Soberana de Salvacion de Cartagena.

COMISION DE SERVICIOS PÚBLICOS.

Circular.

La Junta Soberana de Cartagena, en sesion de anoche, acordó por unanimidad, y á propuesta del vocal de la misma, ciudadano Antonio Galvez, que el baluarte hasta aquí llamado de San Fernando se denomine «Baluarte de la Federacion,» en conmemoracion de haber sido en él, y para la defensa de la causa federativa, donde se han montado los dos primeros cañones Barios, cuya potencia y alcance son de todos bien conocidos.

En su consecuencia, las oficinas todas que dependan de esta digna autoridad, tendrán presente este acuerdo para no designar en ningun documento este fuerte sino con el nombre anoche acordado.

Salud y federacion.

Cartagena 3 de Setiembre de 1873.—El Presidente, Alberto Araus.—El Secretario, Manuel F. Herrero.

COMISION DE HACIENDA.

Venta pública.

Desde el miércoles nueve del corriente, todos los dias de diez de la mañana á dos de la tarde, se abre venta pública en los almacenes del arsenal, de los efectos existentes en el mismo

y que no son de utilidad inmediata para las necesidades de esta Plaza, tales como cobres viejos, bronces, hierros, jarcia, plomos, cáñamo, estopa, telas, etc., cuyos artículos en pequeñas ó grandes partidas se adjudicarán al mejor postor, á metálico ó á cambio de artículos de primera necesidad, en presencia de los individuos de la Comision de Hacienda y con asistencia de las personas que como periciales destine la Marina.

Salud y federacion.

Cartagena 8 de Setiembre de 1873.—El Presidente, Alfredo Sauvalle.—El Secretario, Gonzalo Osorio Pardo.

Á LOS SOLDADOS Y VOLUNTARIOS.

Ciudadanos:

Siempre los ejércitos de las monarquías, los pretorianos de los reyes, se han distinguido por su feroz vandalismo y proverbial rapiña.

Ha sido condicion necesaria de otros tiempos y otras instituciones, alimentar sentimientos estúpidos y miserables en el alma de hombres que querian hacerse esclavos.

Los soldados del derecho, los ejércitos de la democracia, los hijos de la República, los ciudadanos libres, que con las armas en la mano luchan por una idea santa, defienden una causa justa y aspiran á la regeneracion de un pueblo, no pueden por ningun concepto parecerse ni asimilarse á esos pretorianos, á esos desgraciados que clavan el puñal en el seno de la madre é intentan tambien hacer esclavos á sus hermanos.

España y la revolucion esperan de vosotros, no sólo el triunfo de nuestra causa, sino el modelo de virtudes nuevas propias de nuestras vírgenes instituciones.

El merodeo, esa plaga que siempre ha acompañado y seguido á la plaga de la guerra como el chacal sigue al leon para recoger los despojos de su presa, y como el cuervo busca al cadáver para disputárselo á la tierra; esa plaga, repito, de todos los tiempos en los campos de batalla, repugna á nuestra conciencia é insulta á nuestra dignidad. Los soldados de la República la perseguirán con todas sus fuerzas.

En buen hora que los defensores del gobierno más traidor y más tirano que tuvo España, talen esos campos, devasten las haciendas y derramen por do pasan el terror de la desolacion.

Los defensores de Cartagena no pueden imitarlos. Los soldados del derecho no tienen semejantes procederés, y su vigilancia será grande para dejar muy alta la honra de la revolución.

Vuestra Junta os exhorta para que veleis por tan sagrados intereses, prometiéndooos que será inexorable con los que incurriesen en estas debilidades.

Salud y revolución.

Cartagena 9 de Setiembre de 1873. — El Secretario de la Comision de Guerra, Antonio de la Calle.

CRÓNICA Y VARIEDADES.

INAUGURACION DE LAS CÁTEDRAS

DEL CÍRCULO-ATENEO DE CARTAGENA (1).

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL DIRECTOR DE LA SECCION DE ENSEÑANZA.

D. ANTONIO CAMPOY GALIANA.

SEÑORES:

La alta distincion que se me ha dispensado, haciéndome ocupar este honroso puesto, me impone un deber que no podré cumplir sino muy imperfecta y brevemente.

Si, pues, esperais de mí un discurso extenso, instructivo y agradable ó elocuente, os vereis pronto defraudados en vuestras esperanzas, porque no tengo salud, ni erudicion, ni dotes, ni facultades para ello, ni derecho de obligaros á que por cortesía escuchéis largo rato mis frases desaliñadas y difícil palabra, en que, áun los ménos avisados, notareis inanidad de sustancia é incorreccion

(1) Véase el número anterior.

de estilo, cuya doble falta me habreis de perdonar; ciertos de que merezco tal indulgencia, por cuanto, si me decido á molestaros, no lo hago por impulso de petulante audacia ni de presuntuosa esperanza de alcanzar con justicia vuestros apreciables aplausos, sino solamente por obtemperar á las repetidas insinuaciones que en tal sentido me han hecho las dignísimas personas que por pura benevolencia y exuberante modestia de su parte me han designado el primer lugar de entre ellas, cada una de las cuales podria ocuparlo con tanta dignidad al ménos, y de seguro con mayor tino é inteligencia que su elegido.

Voy, pues, á cumplir, en la mejor manera que Dios me ilumine, ese deber que para mí se hace sagrado por su origen y por su objeto; pero os suplico prestéis paciencia, en la seguridad de que, áun cuando desprovista de todo atractivo y de todo literario encanto, no os será pesada por lo larga mi perorata, aunque sí fatigosa para mí, que nunca fui orador, ni me estuvo concedido el dón de una fácil y abundosa palabra, hoy más entrecortada por defecto material que me han dejado en la lengua mis últimos padecimientos físicos y morales.

Escuchad, sin embargo, lo que os diga; recoged si encontrais en ello alguna idea útil ó provechosa, aunque sea vieja y plagiada, sin preocuparos de las formas, que, áun si fueran acicaladas y seductoras, sólo conducirían á dárme una reputacion personal á que no debe aspirar ni aspira mi impotencia, tanto más cuanto mayor es la distancia que me separa de la edad de los entusiasmos, de los engrimeos y hasta de las más legítimas ambiciones.

Empiezo, señores, preguntándoos, ó más bien, preguntándome á mí mismo: ¿qué es el hombre? Y si os parece extraña tal pregunta, ó no adivinais *à priori* su objeto y oportunidad, aguardad un poco, pues pronto quedareis enterados y satisfechos.

Desde luégo me hareis la justicia de presumir que no definiré al hombre ante vosotros como cuentan las creencias antiguas que lo definió Platon ante sus discípulos, diciendo que el hombre es un animal de dos piés sin plumas, *animal implume bipes*; porque ni yo tengo la honra de que vosotros seais mis discípulos, ni participo en nada de la gigantesca autoridad magistral de aquel insigne filósofo, el más docto de toda la Grecia, ni debo dar márgen á que este acto tan formal y serio se convierta en un rato de hilaridad y broma, cual sucedería si cualquiera, plagiando á los oyentes de Platon, arrojase aquí un gallo desplumado, diciendo: *ecce homo Platonis*, ved aquí al hombre como se nos quiere definir.

Tampoco os diré con el célebre Demócrito que el hombre «es lo que todos saben;» porque esto no es verdad, aunque lo haya dicho Demócrito, y más cierto es desgraciadamente que la casi totalidad de los hombres ignora lo que es el hombre, aun examinándose á sí mismo, ni con tal definicion quedaria determinada la idea que me propongo desenvolver en este acto.

Por lo mismo, ni siquiera puedo encerrarme en la definicion comun y filosófica que casi todos sabemos, y es la que se limita á presentar al hombre como un animal racional; pues, aun cuando exacta ó verdadera, sólo presenta los dos caractéres más generales del objeto, necesitándose explicar además el significado y trascendencia del sustantivo animal y del adjetivo racional, y quedando tan á oscuras como si al tratar de daros á conocer el Sol me contentase con deciros que es el grande astro que ilumina con su luz y vivifica ó fomenta con su calor nuestro sistema planetario.

Tiempo es ya de que os diga sin más circunloquios qué es el hombre bajo el aspecto que necesito presentároslo para el objeto de esta manifestacion, que nunca me atreveré á llamar discurso; y como yo no tengo caudal ó fondo propio para formar esta definicion exacta, oportuna y filosófica, habré de tomarla á préstamo de uno de los más grandes filósofos y distinguidos oradores de nuestro siglo; y así os diré con el célebre P. Lacordaire que «el hombre es un sér enseñado;» y si quereis la demostracion de este apotegma sin necesidad de hacerla por vosotros mismos, el propio insigne orador nos la dió en los siguientes términos, poco más ó ménos.

El hombre, dice, desde la aurora de la vida es enseñado por sus padres ó guardadores en los cuatro órdenes que constituyen su sér racional, á saber: en el órden de las sensaciones, dándole á conocer los objetos exteriores y poniéndole en relacion con ellos; en el órden de las ideas, abriéndole los manantiales de la inteligencia por la trasmision prolija y laboriosa de la palabra; en el órden de la moral, dándole la medida de lo justo y de lo injusto; y finalmente, en el órden de la fe, iniciándole en los misterios de su origen y de su destino.

Despues, añado yo, púberes ó adolescentes, adultos ó ancianos, todo lo que vamos aprendiendo se nos enseña por la palabra, por el libro, y hasta por el propio ingenio ó experiencia.

Además de un sér enseñado, es el hombre naturalmente filósofo y propagandista; siendo lo primero porque ama la sabiduria, y segun el grande Aristóteles, la palabra filósofo lo mismo significa hombre que amante de la sabiduria; *Ita philosophus et hominem in-*

dicat et amatorem sapientiæ; y es lo segundo porque quien ama una cosa desea propagarla, cuando es comunicable sin detrimento de nuestra dignidad ó de nuestros intereses. Así, por ejemplo, el que ama á Dios desea que todos le amen; y lo mismo sucede respecto de nuestros padres, nuestros hijos, nuestros deudos, etc.; pues el corazon humano es tan noble en este concepto, que no se basta á sí mismo para gozar lo que le place, sino que quisiera comunicar su placer á todos los corazones de todas las generaciones, y por universal experiencia se comprueba que en una grande ópera ó en un excelente drama se goza á proporcion que crece el número de los concurrentes á oirlos.

Y no se me arguya con excepciones, porque éstas no destruyen, ántes confirman las reglas generales; y si se encuentra algun hombre enemigo del saber ó avaro de su ciencia, es porque en lo complejo de su sér moral coexisten con los sentimientos nobles y generosos otros ruines y mezquinos, y cuando éstos se sobreponen, parece que se borran los primeros; mas no es que se extinguen, sino que se acallan ó adormecen.

Y despues de todo, ¿qué comparacion puede formarse entre los unos y los otros? Si la historia hace mencion de algun miserable egoista ó enemigo de la ciencia, es para ponerlo en la picota del oprobio y del desprecio de los hombres; cuando, por el contrario, no tiene solucion de continuidad la inmensa lista de los que en todos tiempos y países por adquirir el saber y propagarlo han arrosado impávidos los peligros de las navegaciones marítima y aérea, las peregrinaciones por los desiertos y montañas intransitables, la insalubridad de unos climas en que sólo se respiran miasmas palúdicos y deletéreos, la inhospitalidad de otros que ofrecen al viajero la lúgubre perspectiva de servir de sabroso pasto al canibalismo ó antropofagia de sus habitantes, la muerte, en fin, y áun hasta la muerte eterna, tan formidable para los creyentes. Los misioneros, los historiadores y poetas, Colon, Marco-Polo, Magallanes, Franklin, Livingstone, Stanley y tantos otros, desde nuestro contemporáneo actual el intrépido teniente austriaco Payer hasta la escena genesiaca del Paraiso, en que con el amor al saber engañó la satánica serpiente á los padres de la humanidad, forman inmensa pléyade de testigos que abonan mi afirmacion de que el hombre es naturalmente filósofo y propagandista.

Y ¿qué se deduce de todo esto? Dedúcense, señores, tres consecuencias importantes: primera, que si pudiese existir un hombre *no enseñado*, aunque, varon ó hembra, fuesen más hermosos que lo

que la mitología nos pinta á sus fabulosos dioses Apolo y Vénus, sólo sería *medio hombre*, ó más bien, sería una bestia muy inferior á muchas de ellas en facultades orgánicas y en instintos: segunda, que cuanto más progresa el hombre en el camino de la ciencia, tanto más se eleva y aproxima á la meta de la perfeccion, aunque no le sea posible llegar á ella, ocupada como está por su Creador, quien no admite igual ni reemplazo; y tercera, que cuando el hombre enseña ó propaga el saber, ejerce un acto distintivo de la indisputable soberanía que Dios le concedió, haciéndole rey de la creacion á su imagen y semejanza, y elevando la dignidad de la sustancia humana hasta investir con ella á su Divino Verbo, objeto de sus eternas complacencias.

Lo expuesto hasta aquí, señores, sólo tiende á demostrar cuánto importa el saber al hombre por lo que á su propia grandeza y dignidad respecta; y ahora debo deciros dos palabras por lo que atañe á su conveniencia, ó sea á su bienestar material mientras peregrina sobre la tierra.

«Más vale saber que haber,» dice un vulgar adagio que materializaron los clásicos antiguos por medio del célebre apólogo de un naufragio en que perdieron todas sus riquezas los pasajeros, y cuando éstos mendigaban con una tabla en que iba pintado el desastre, cual era costumbre de aquellos tiempos en que no habia sociedades de seguros, encontraron á un compañero de desgracia que pudo socorrerles abundantemente; é interrogándole de qué manera salvara sus tesoros, les contestó con la bien conocida frase: *quia omnia mea mecum porto*, «porque todo lo llevo conmigo;» y lo que llevaba era únicamente su ciencia. Creo que cualquiera de vosotros podrá hacer la aplicacion del apólogo.

Tambien conoceis el otro refran comun en que se dice que «quien no sabe es como quien no ve,» y no necesito encomiaros cuán conveniente y provechoso sería para un ciego el adquirir ó recobrar su vista, cuánto al míope ó escaso de este sentido el completarlo, y cuánto aún á los que lo tienen perfecto el aumentar la potencia visual sin término ni tasa. Ved, si nó, los constantes esfuerzos que se hacen con los microscopios para examinar los infusorios y demás sustancias miasmáticas hasta divisar océanos en las gotas de agua, ó globos terráqueos en los granos de arena, y con los telescopios para escudriñar en los espacios sidéreos mundos casi innumerables á distancia tal, que su luz, con la rapidez de millones de leguas por segundo, necesita miles de años para llegar á nuestro planeta; sin olvidar el espectroscopio, con que se obtiene el análisis espectral de-

mostrativo de la unidad de la materia de que se compone el Cosmos.

Concluyo, pues, señores, mi demostracion sobre la doble conveniencia del saber, recordándoos la locucion comun y general por la que, cuando cualquiera va á hacer estudios ó aprendizaje, se dice que «va á hacerse hombre,» lo cual evidencia que el sentido comun abona el apotegma del P. Lacordaire.

Por eso, señores, el único hombre perfecto que han conocido y conocerán los siglos, que es Aquel que, como sabeis, nació de humilde artesana en un establo de Belen de Judea, y emitió su espíritu sobre la cima del Gólgota entre los horribles tormentos del afrentoso patíbulo de los esclavos, que hoy es signo de adoracion para todos los pueblos cultos, miró con infinito desden el reinar pomposamente sobre las naciones, como con facilidad pudiera hacerlo, y sólo quiso tomar el cargo de maestro, que ejerció con la amorosa sabiduría que todos sabemos; y al ordenar lo que podemos decir parte gloriosa de su testamento, nos legó á todos los hombres en persona de sus inmediatos oyentes la única manda que podía hacernos felices en esta vida y en la eterna, esto es, la de la enseñanza, sin la cual ni siquiera podemos ser hombres.

Ite, dijo, et docete omnes gentes, «id y enseñad á todas las gentes» (y perdonad la frecuencia con que invoco textos latinos, porque he sido amamantado con la hermosa lengua del Lacio, en que hablaron ó escribieron Ciceron y Atico, Virgilio y Quintiliano, Juvenal y Cayo Salustio, San Agustín y San Jerónimo, Santo Tomás de Aquino y nuestro esclarecido compatriota San Isidoro, así como tantos otros eminentes varones cuya imperecedera fama sobrenada como la luz en el aniquilador torrente de los siglos; y porque mi imaginacion, siempre escasa y ya naturalmente enfiada por los años, necesita reanimarse de vez en cuando con el recuerdo de aquellos textos que más impresionaron mi alma adolescente, escritos en esa lengua de inmutable majestad, en la cual mejor que en ninguna de sus traducciones se nos deja leer el gran libro de los libros, la Biblia Sacra, ese libro inmortal que, como dice el sabio orientalista Jones, contiene él solo más filosofía, más moral, más historia y más poesía que todos los libros de todos los tiempos y de todos los autores; y en la cual, en fin, desde la indestructible Cátedra Romana habla constantemente al género humano el Supremo é infalible Doctor de las Naciones), «id y enseñad á todas las gentes,» esto es, no esperéis á que vengan á pedir os enseñanza, sino inquirid, buscad, gestionad, sacrificáos, si es necesario, en la noble tarea de enseñar á todos los hombres; y por eso tambien la Esposa

inmaculada de aquel Hombre sin segundo, heredera fideicomisaria de aquel Divino Testador, aceptó y cumple religiosamente la piadosa manda que ha colocado entre las grandes obras de misericordia.

No hay tiempo, ni la ocasion es oportuna, para reseñaros lo que la Iglesia ha hecho en cumplimiento de este legado; pero hace pocos meses habreis podido tomar acta de ello por lo respectivo á Francia en la elocuentísima peroracion que el gran sabio y no ménos virtuoso Prelado de Orleans, Mgr. Dupanloup, pronunció ante la Asamblea de aquel país; y respecto á nuestra amada España, bien sabeis todo lo que en ella ha hecho la Iglesia para crear y sostener la enseñanza á traves de los repetidos cataclismos sociales á que la Providencia nos sujeta.

Y ved aquí por qué Cartagena, nuestra querida Cartagena (no diré ahora si feliz ó desgraciada), hija fiel de aquel divino consorcio, á pesar de los insensatos esfuerzos intentados para desnaturalizarla y hacerla rebelde, ostenta en todas las manifestaciones de su vida social su adhesion al cumplimiento de tan precioso legado y fecundo precepto, practicando entre otras la grande obra de misericordia de enseñar al que no sabe; y así es que si da de comer al hambriento, de beber al sediento y de vestir al desnudo; si ampara y cura al enfermo, al huérfano, al desvalido y al decrepito en sus múltiples establecimientos de caridad, beneficencia ó *filantropía*, si así quiere álguien que se les llame, establecimientos que, como habeis visto en varias ocasiones, y la más reciente ayer mismo (1), causan grata admiracion al plebeyo, al magnate y al príncipe que penetran dentro de sus inexpugnables muros, en todos enseña y con ellos forma los blasones de su escudo nobiliario y la más envidiable corona de gloria inmarcesible, muy superior, en verdad, á cuantas pudiera conquistar con el indomable denuedo de sus hijos, honrados y cristianos sin hipocresía ni fanatismo, al abrigo de sus formidables castillos, baterías y murallas de mar y tierra.

Y por si faltaba algun blason á ese nobilísimo escudo, alguna joya á esa corona de inmortal gloria, cuando los cartageneros establecen un círculo de lícito recreo y honesto pasatiempo en alivio de sus cotidianas tareas y descanso del asiduo trabajo á que generalmente se hallan dedicados, danle, como á éste, el nombre de Ateneo, y no sólo el nombre sino el carácter y la fisonomía de tal, donde se de-

(1) Se refiere á la visita hecha por la Serma. Sra. Infanta de España Doña María Isabel Francisca, Princesa de Asturias.

parte amigable y provechosamente, se sostienen inocentes y desinteresados juegos como el billar y el ajedrez, que ejercitan las fuerzas del cuerpo y del entendimiento, y hallando todavía un grandísimo vacío, en vez de llenarlo con otros juegos ó entretenimientos viciosos é inmorales, se procura como el más preferente de todos sus deseos, como el más inefable de todos sus deleites, el medio de prodigar gratuitamente la enseñanza, á cuyo fin abren cátedras, buscan y sacan de entre sí mismos maestros competentes, vencen obstáculos y abaten resistencias, aunque sean tan fundadas como las que yo opuse por mi precoz ancianidad y estado valetudinario, que me inhabilitan para todo; llaman á cuantas personas quieran adquirir ó aumentar conocimientos científicos, especialmente á las que su tirana suerte no les permita obtenerlos á coste y costas; y cuando despues de la fatalidad que nos acarreó el gran desastre de hace poco más de un año.(1), aún no se ha terminado la costosa obra de reparación del edificio, enseres y mobiliario, su primer cuidado es restablecer las cátedras, abrir la matrícula y apresurar la inauguracion de aquéllas en este acto solemne, para el cual se hubiera invitado á todos los habitantes que lo realizasen con su presencia; mas como el local no lo permite, se ha hecho preciso limitar la invitacion á las dignísimas personas que, además de su competencia privada, se hallan constituidas en autoridad y pueden por lo tanto representar á todas las demás, sirviendo á la vez de ejemplo vivo y tangible de que por los caminos del saber y del honor se llega á los más elevados peldaños de la necesaria escala social.

Bien quisiera y se propone la Sociedad del Círculo Ateneo aumentar el número de cátedras y dar á la enseñanza una extension enciclopédica, porque es insaciablemente ambiciosa en este sentido; pero, como la viuda pobre del Evangelio, no puede dar por ahora mayor amplitud á su sacrificio; y prudente, no quiere cometer la indiscrecion de prescindir de lo poco que la es posible por aspirar á lo mucho que no le es dable, bien persuadida de que el recto sentido público, emanacion de Dios, mirará, como este Señor, con ojos más propicios la pequeña ofrenda de la viuda que la enantiosa del fariseo, depositada ruidosamente en el Gazofilacio, con velados designios sordidos y egoistas, que en la Sociedad no caben ni colectiva ni individualmente, pues siempre habeis visto que no se abriga otra aspira-

(1) Alude á la insurreccion cantonal y subsiguiente bombardeo que sufrió la plaza.

cion ó deseo que el de vuestros adelantos y perfeccionamiento, estos, el de ayudaros á que os hagais hombres. Y en verdad que no habreis hallado tanta abnegacion, tan amoroso desinterés, aunque muy predicados, en otras pretendidas enseñanzas.

Y es tal su deseo de prodigar las que sean buenas, útiles y más oportunas, que habiendo notado por la matrícula que la juventud no ha reparado en la importantísima aplicacion que en la localidad tienen la física y química aplicadas á las artes, pues nadie se ha matriculado para estas asignaturas, la Sociedad no desiste ni retrocede, sino que con el objeto de que la expresada juventud ó sus guardadores se enteren de cuán interesantes son dichas materias y no se desaproveche la especial capacidad que en ellas tienen un D. José Requena Belmonte y un D. Francisco Munuera Arnaez, que han ofrecido sus servicios con la misma generosidad que todos los demás catedráticos, ha concertado el dar conferencias periódicas sobre dichas interesantes materias, en cuyas conferencias puedan ser oyentes todos los que quieran escucharlas, estén ó no estén matriculados.

Y ¿cuál es la enseñanza que va á darse en esas cátedras? Todo lo que se explique en ellas pertenecerá á los géneros verdadero, bueno y bello; *verum, honestum, pulchrum*, que es lo verdaderamente útil, pues lo falso, malo y feo, si alguna vez producen utilidades, estas son efímeras, ficticias y abominables, aunque las bajas pasiones ó alguna diabólica elocuencia las presenten bajo seductores aspectos y alucinadoras apariencias. Se enseñará, pues, según está anunciado en el programa:

1.º Por el acreditado preceptor D. José Antonio Gimenez, la Gramática castellana, para que aprendais á hablar y escribir correctamente, pues esto revela dignidad y decencia en el individuo y le trae el provecho de dejarse oír con fruto, por aquella regla de que «no hay frase ó palabra bien dicha, que no sea bien escuchada.»

2.º Por el joven y ya distinguido jurisconsulto D. Federico Torralva, se enseñará el idioma francés, que posee como si le fuera nativo; y por el inteligente, activo é ilustrado negociante D. Rosendo Mannia, se darán lecciones del idioma inglés, que le es tan familiar como el castellano, por su origen hispano-británico. Y cuánta elevacion y beneficios os dará la posesion de estos dos idiomas, no necesito encomiarlo á vosotros, que conoceis prácticamente la extension del íntimo trato y vasto comercio que Cartagena tiene con esas dos grandes potencias.

3.º Por el tan profundo como modesto filósofo D. Bartolomé Comellas, serán explicadas la Aritmética y Geometría.

4.º Por los acreditados delineadores D. José Soro Mancha y Don Florencio Izquierdo, se darán lecciones de dibujo lineal y topográfico; así como por los muy apreciables artistas D. Miguel Cánovas y D. Manuel Quiles las de dibujo natural y de adorno, cuyos conocimientos todos son tan necesarios, tan útiles y tan convenientes, no ya sólo para los que os dedicais á las ciencias, sino también para los que, limitando sus aspiraciones al aprendizaje de artes ú oficios, puedan adelantar en éstos con honra y provecho propios y bien del público, hasta dejar la tosca investidura de simples artesanos ú obreros rutinarios, indolentes y opuestos á todo progreso y mejoramiento, haciéndose operarios inteligentes y profesores hábiles en su respectivo ramo.

5.º y finalmente. Dos entendidos profesores del divino arte de Apolo, como lo son D. Eduardo Lafuente y D. Manuel Luna, cuya pericia habeis tenido tantas ocasiones de admirar con deleite, os darán lecciones de música, que es, como sabeis, el idioma de los cielos, que aun á los que no tengais capacidad de llegar á lo sublime, os servirá al ménos para elevacion y recreo de vuestras almas dulce y refrigerante descanso en la asiduidad de vuestras obligadas tareas. Ved si en todo esto hay algo que no sea de los géneros verdadero, honesto y bello que os dejo recomendado.

Y todavía se propone la Sociedad hacer más por vosotros y por su amada Cartagena, y es, si no abrir cátedras de ciencias morales, al ménos sostener luminosas conferencias sobre tan interesante materia, porque la Sociedad del Círculo Ateneo sabe que «no sólo de pan vive el hombre,» y que toda enseñanza sin moral es estacionaria, peligrosa y corruptora, como lo es un cuerpo sin alma, siendo cosa averiguada que en todas las facultades, artes y oficios, tanto más se progresa, tanta mayor perfeccion se alcanza, cuanto más se acerca la obra al ideal moral, esto es, al ideal divino, que es donde el astrónomo encuentra el móvil del ordenado concierto de las esferas; el médico, calumniado de ateo, su más seguro camino para aplicar con acierto la terapéutica; el jurisconsulto, la justicia y autoridad de la ley que invoca ó aplica; el militar, las reglas de verdadero honor que le hacen héroe pródigo de su sangre, la cual de seguro no vertería por una mezquina paga; el sacerdote, ese espíritu de abnegacion y sacrificio que le hace inmolarse por sus hermanos los hombres; el historiador, el poeta, el músico, el pintor, el escultor, el arquitecto, el labrador, el artesano, y en fin, todas las clases productoras, sólo ejecutan obras cadavéricas cuando no se inspiran en el ideal moral ó divino, con el cual afinan, ennoblecen y perfeccio-

nan su trabajo de inteligencia ó de manos, convirtiendo en artes liberales las más materiales ó mecánicas, pues la carpintería, herrería y orfebrería, entrarán en la esfera de la escultura; la albañilería, en la de la arquitectura; la grotesca alfarería, en la fina y elegante cerámica; la simple siderurgia y su madre la minería, ascenderán á la elevada ciencia que formó el ingeniero del ramo; el mero labrador y hasta el que apacienta ganados de toda especie, será agricultor ó ingeniero agrónomo; y finalmente, para no ser interminable, el profesor de obra prima, sastrería, etc., podrán considerarse ingenieros de indumentaria, si á sus conocimientos en ciencias exactas que les inspiren ideas de comodidad y elegancia, añaden el de la moral divina que les imprima sentimientos de honradez en sus tratos, compostura, honestidad, y decencia en sus obras.

Y no os arredren las dificultades de la empresa, por grandes que se presenten á vuestra modestia, pues si no todos servimos para todo, todos podemos ser hasta notabilidades en algo, teniendo presente además la sabia máxima *labor et constantia naturam vincunt*, «el trabajo y la constancia vencen la naturaleza;» y sobre el ejemplo material tan conocido de que una gota de agua, constantemente cayendo, taladra la dura roca, tenemos en la historia el del gran Demóstenes, que siendo tartamudo declamaba frecuentemente en las orillas del mar, llevando algunas piedrecitas-en su boca, por cuyo medio logró vencer el defecto físico de su lengua y hacerse el príncipe de la elocuencia griega. Y tened por seguro de que con fe, asiduidad y aplicacion, el que ménos dotes ó capacidad alcance, conseguirá hacer un trabajo muy superior al del esclavo romano y aun al de los siervos de la gleba ó del terruño.

Solamente os recomiendo el *ars longa vita brevis*, porque en efecto el aprendizaje es pesado y la vida corta, lo que no perdereis de vista para aprovechar el tiempo, que además es dinero, como con su acostumbrada discrecion lo califica el sabio, positivo y envidiable pueblo de la Gran Bretaña.

Ánimo, pues, honrados aspirantes á la enseñanza; vuestro solo intento á aprender os recomienda á la estimacion y respeto de cuantos lo conocemos, y nos evidencia que teneis la noble aspiracion de marchar por la buena senda de lo verdadero, de lo justo y de lo bello, que es la única que conduce al progreso individual y general, único tambien que puede sacar á nuestra amada patria de la suprema angustia en que todos la contemplamos con lágrimas de dolor que nos desgarran el alma.

Seguid, pues, esa senda noble y patriótica con resolucion y cons-

fancia; y si la suerte tirana, ó más bien los inescrutables designios de la divina Providencia, os han constituido en la orfandad y demas tristes circunstancias que con tanta discrecion como elegancia y fino pincel ha bosquejado el Secretario D. Juan Miguel Lopez, en la tierna, expresiva y elocuente Memoria que le habeis oido leer ántes que escuchárais mi tosca y pesada palabra, no os aflijais por eso, ántes bien impregnáos de noble coraje, pues vivo é imperecedero (así debemos esperarlo) hallareis siempre el tierno amor y el entrañable afecto de vuestra madre patria la cristiana Cartagena, que no sólo os recibirá, sino que, como ahora, os llamará, os buscará, y se sacrificará para proporcionaros los medios de que os hagais hombres y podais conseguir vuestra felicidad privada y tener el noble orgullo de contribuir como factores á la gran obra de la felicidad pública.

Así podreis alcanzar entrambas, y no por medio de perezosas inercias, ni de utópicas nivelaciones, ni de antisociales socialismos, ni de indecentes comunismos, ni de criminales violencias ó sediciosas rebeldias que sólo conducen á perturbar la dulce paz pública, la tierna tranquilidad doméstica, á servir de escabel á bastardas ambiciones, á ahuyentar los medios de trabajo y produccion, cuyos gérmenes sólo se desarrollan á la sombra benéfica del orden y de la justicia, á desarraigar los más entrañables y vehementes afectos nobles del corazon humano, y á destruir, si fuera posible, la verdadera libertad que el cielo nos ha dado con la dignidad de hombres llamados todos á la comun herencia de lo que es realmente la fortuna que sólo dejan de conseguir los que prestan oídos á las pérdidas y traidoras insinuaciones de los que, con aviesos fines, llaman desheredados á los que no la alcanzan por su ignorancia ó por su pereza.

Y no se crea que por vanidad lujosa, ni por emulacion ruin, ni por arrogante presuncion de enseñar más y mejor que en los demás establecimientos piadosos y patrióticos ya mencionados acude la Sociedad del Círculo Ateneo á formar hostile competencia con ninguno de ellos, á los cuales desde aquí dirige por medio de mi pobre frase, el más tierno y fraternal saludo; sino que ántes al contrario, estimulada por su ejemplo y deseosa de secundarles á todos y especialmente, si especialidades caber aquí pudieran, á la benemérita y nunca bien elogiada Sociedad Económica de Amigos del País, que como sabeis no omite sacrificio ni excusa solícito cuidado en este concepto, de la que anhelamos ser imitadores, concurriendo con ella, como con todos los otros, á dar la mayor extension posible, como es de esperar que la tenga con el esfuerzo comun y simultáneo, á esta especie de apostolado, que la desgracia de los tiempos

exige sea ejercido por todas las corporaciones y personas capaces de cumplirlo, multiplicando sin término ni tasa los centros y las ocasiones de que los necesitados reciban toda clase de enseñanzas.

Réstame sólo pedir, en conclusion, la recompensa á lo que se os promete y será cumplido religiosamente, cuya recompensa es sólo el que os inspireis en un sentimiento de amorosa gratitud, en primer lugar, hácia esta patria local, esta noble Cartagena, que en próspera y adversa fortuna siempre se conduce y ostenta como una verdadera, tierna y solícita madre. En segundo lugar, hácia las respetabilísimas personas que nos honran con su estimable presencia. En tercer lugar hácia la Sociedad del Círculo Ateneo, que formando un solo corazón con el de todos sus individuos, cifra, como he dicho ántes, el más inefable de sus legítimos goces en proporcionar la enseñanza, especialmente para vosotros los que no contais con medios de adquirirla á toda costa. En cuarto lugar, hácia los ilustres sujetos que, excediéndose á su natural esfuerzo y asiduas ocupaciones diarias, se han ofrecido á emplear las horas que debieron destinar á su solaz y descanso, en comunicaros desde las cátedras los especiales conocimientos que poseen, sin que me detenga á hacer la apología personal que cada uno de dichos sujetos se merece, por el justo temor de herir su ingenua modestia. En quinto lugar y finalmente, hácia el muy digno Presidente de la Sociedad del Círculo, D. Juan Macabich y Pavía, de quien vengo á decir, á despecho de sus enojos, que es ahora el alma y vida de la indicada Sociedad por su iniciativa inteligente, su actividad incansable y su voluntad, tan poderosa como constante, pues todos le conoceis; y si se enfada, recaiga su enojo sobre todos, que me autorizais á ser órgano fiel de vuestros pensamientos en este punto, y unánimemente le reconocemos como uno de esos especiales hijos de la patria que si duermen sueñan con ella, si velan sólo piensan en el bien que pueden proporcionarla, y que por ello no aspiran á otra recompensa que la de merecer el que se le impongan nuevos cuidados y se le exijan nuevos sacrificios que hacer en los altares de la misma.

Tambien para mí debo pedir algo á todos los concurrentes, y es una mirada de indulgente compasion por lo que he defraudado sus esperanzas y abusado de su paciencia, cuando debí haber declinado por incapacidad la honrosa confianza con que se me ha investido.

—He dicho.

Á LOS ALUMNOS DE LAS CÁTEDRAS DEL ATENEO DE CARTAGENA,

CON MOTIVO DE LA SESION INAUGURAL.

Nube, que naces de la mar undosa
 en día placentero,
 y vagas invisible y vaporosa
 en la region etérea del espacio
 cual de la brisa el hálito ligero:
 el sol sigue su curso, y caprichosa
 radias bella púrpura y topacio,
 y llámante en el campo y el otero
 augurio de esperanzas lisonjero.
 Ya tu linfa brillantan,
 de Náyades los juegos bullidores,
 al són de cuyas arpas ora cantan
 sus endechas y amores
 las tórtolas y claros ruiseñores:
 si desde que te elevas invisible,
 el hombre te dirige una mirada
 y obsérvate en la fuente y la cascada,
 el lauro de una gloria inmarcesible,
 exclamará con fe... ¡no es imposible!
 Semilla, que la tierra buena madre
 en seno misterioso te fecunda,
 que así le plugo al Hacedor Supremo;
 aunque al impío la verdad no cuadre,
 y al verte se confunda
 con mil portentos que tornando el año
 le muestras por su bien ó por su daño,
 sin que te causen, ni del mismo Apeles,
 enojos la paleta y los pinceles;
 tú servirás de estímulo glorioso
 al genio más precoz y laborioso.
 Y tú, region Lavinia, eterna Roma,
 émula digna de la sabia Aténas,
 cuando de Jove el fragoroso rayo
 contra tu hueste la vindicta toma;
 el cielo del Petrarca y dulce Taso,
 estirpe de Marones y Mecenas;

la que en perenne Mayo
 que el sol de tantos héroes fecundaba
 sembró de flores su gentil Parnaso;
 la que ántes en el mundo figuraba
 con un rebaño y su pastor inculto;
 si viste per tu gloria y tu proeza
 tributarte homenaje y digno culto
 el órbe atónito de tu grandeza;
 el hombre, que es el rey de lo creádo,
 ¡qué no verá accesible, aunque alejado!...

Un templo aquí levanta, allá un palacio
 que inmortalizan su feliz memoria;
 ya escribe un libro de perenne gloria;
 ya fija su mirada en el espacio
 do ve girar mil soles y cometas,
 y llega el pensamiento á aquellas metas
 aún ántes que los astros más veloces.

Y tú, que un sol de gloria ves lejano
 hoy, juventud, que el alba te despierta,
 ven, pues, si ya un destello de la llama
 del astro de la ciencia te ilumina;
 que aunque débil la voz de quien te llama,
 por senderos de gloria te encamina.

Cartagena, Marzo de 1875.

B. COMELLAS.

Discurso de Su Santidad pronunciado al Sacro Colegio con motivo del 29.º aniversario de su exaltación al solio pontificio en 16 de Junio de 1875.

«Hace ya cinco años que esta ciudad ha sido ocupada, no por un ejército extranjero, como le ha sucedido muchas veces en los tiempos pasados, sino por un ejército italiano, que ha venido, no para protegerla y defenderla, sino para oprimirla y envilecerla, cambiando el oro purísimo y la excelente fama que debía á ser capital del mundo católico, por el aire abrasado y lleno de turbación de un reino terrestre, eminentemente terrestre.

Esto no impide que de mil puntos del mundo católico las miradas se dirijan más ardientemente que nunca hácia este centro de la verdad. Es un gran consuelo ver cómo en el mismo momento en que tantas tribulaciones y tantos ataques caen sobre la Santa Iglesia, la fe y la caridad se

acrecientan y se inflaman, y todos los corazones se unen más estrechamente que nunca alrededor de la Santa Sede.

Observemos un momento la lucha trabada entre los dos principios, el del error y el de la verdad. Vereis de un lado casas en gran número, donde está enarbolada la bandera del pecado; del otro, casas de refugio donde la caridad cristiana recoge las almas que quieren consagrarse á la penitencia.

Vereis de un lado las publicaciones de una prensa absolutamente sin pudor, mentirosa, blasfema, protegida y pagada frecuentemente por aquellos mismos que tienen el deber de reprimirla; y del otro asociaciones de buenos y celosos católicos, consagrados completamente á la publicación de libros de sana moral, de escritos edificantes, de periódicos que tienen, por decirlo así, el carácter de Catecismos, y se dedican á refutar los errores y á poner al desnudo los fraudes de los revolucionarios y de los sectarios.

De un lado vereis los apóstatas y los incrédulos, que por haber tomado parte en el nuevo orden de cosas, obtienen como recompensa la facultad de sentarse en las cátedras de la enseñanza para corromper la juventud. El hecho, por horrible que sea, no deja de ser desgraciadamente muy verdadero. Con el fin de oponer un dique á este torrente devastador, un gran número se consagran y se entregan con admirable valor á la enseñanza de gran parte de la juventud, ora apartándola de las fuentes envenenadas del error, ora conduciéndola por el recto sendero de la verdad, despues que ha respirado la corrompida atmósfera de las aulas ocupadas por los maestros de pestilencia.

De otro lado vereis las iglesias donde resonaban poco há las alabanzas del Señor, cantadas por tantas religiosas y vírgenes esposas, hoy día despojadas, mudas y desiertas, reducidas á ese profundo silencio que denota un completo abandono; vereis en cambio las iglesias que permanecen abiertas al culto, rebosar con la muchedumbre de los fieles. Y para confusión de aquéllos que han asegurado con tanta impudencia que el día 16 de Junio pasaria inadvertido para los romanos, os diré de una manera cierta que en el momento en que os hablo todas las iglesias están llenas de fieles, y la mayor parte adornadas de un modo extraordinario, para celebrar con pompa la fiesta del Sagrado Corazon.

Está fuera de duda que desde la brecha de este santuario celestial, el divino Redentor nos observa con una mirada amorosa, escucha nuestras súplicas con ternura enteramente paternal, y las recoge para depositarlas en esta Arca de salvacion eterna, para despues atenderlas en tiempo oportuno. Y como sabemos que este Corazon arde en inmensa caridad para los hombres, debemos vivir confiados en que nuestras oraciones no quedarán desatendidas.

Entre tanto, me regocijo con vosotros de que, á pesar de tantas y tantas oposiciones (y aun añadiré en medio de una incertidumbre tan grande respecto á lo porvenir), habeis permanecido siempre en vuestro

oficio de primeros senadores de la Iglesia católica, como nuestros celosos cooperadores en la direccion de este gran edificio del divino Redentor, que es su Iglesia. ¿Y podia ser de otro modo?

Tres siglos de una sanguinaria persecucion, que tenia por objeto la destruccion del Cristianismo, no produjeron más resultado que la multiplicacion de los cristianos y la dilatacion de la Iglesia de Jesucristo. Una persecucion farisáica, sectaria é impia de algunos años, ¿podrá disminuir, debilitar nuestras fuerzas y las de tantos millones de fervientes católicos? No, nó.

La constancia es una virtud que no se adquiere en medio de la paz, y esa virtud precisamente es la que en la actual lucha se manifiesta en todo su vigor y su belleza.

Jesucristo mismo nos ha enseñado la necesidad del combate, cuando ha dicho: *Ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos*. Nuestro divino Salvador no ha dicho: *Os envío contra los lobos*, sino *en medio de los lobos*, expuestos siempre á las voraces bocas de aquellas fieras insaciables, que despues de haber despedazado y devorado una víctima, respiran sólo para prepararse á una nueva y sangrienta comida.

¿Acaso no somos nosotros tambien testigos de este miserable espectáculo? Glorifiquemos, no obstante, á Dios, declarando que, de cuando en cuando, algunos de esos lobos se convierten en corderos. ¡Cuántas almas iluminadas por la gracia divina han hecho y hacen solemnes retractaciones de sus errores, reparando así un gran escándalo y dando á conocer públicamente el feliz cambio de su corazon! En medio de tantas amarguras tenemos dos grandes motivos de consuelo: la conversion de esos pobres extraviados, y la constancia de aquellos excelentes católicos que, no sólo permanecen incommovibles dentro de los buenos principios, sino que además, con la oracion, con saludables consejos, y por todos los medios que la caridad les sugiere, cooperan, como los anteriores lo hacen con el ejemplo, al regreso al bien de las almas descarriadas.

Si por acaso la fatiga de un largo combate llegase á turbar y á disminuir la constancia de los combatientes, ocurrasenos en primer lugar pedir á Dios una celestial condecoracion, aquella precisamente que en la oracion de este día, dedicada á San Francisco de Régis (Calendario de San Juan de Letran) pone la Iglesia ante nuestros ojos, diciendo al Señor, que ha investido al Santo de una paciencia invencible: *Invieta patientia decorasti*. ¡Quiéra Él tambien concedernos á nosotros esta celestial virtud, que nos hace dueños de nuestras almas!

En segundo lugar, unamos al ejercicio de la paciencia la práctica de la fe; porque tambien nosotros necesitamos clamar al divino Redentor, con la fe del Príncipe de los Apóstoles: *Domine, salva nos, perimus*.

Y así como entónces Cristo se levantó, lleno de majestad, para ordenar á los vientos y á las olas que se serenasen, del mismo modo pidámosle hoy renueve su divino mandato, y estemos seguros de que el mismo éxito coronará nuestras plegarias.

Fé, pues, fé y constancia. Unamos las buenas obras á la penitencia, y con la segunda venceremos todos los peligros de la debilidad, así como las insinuaciones de todos aquéllos en los cuales la fatiga engendra naturalmente la debilidad; debilidad que los conduce hasta el extremo de formar proyectos en que la dignidad y la conciencia se sacrifican á las dulzuras de una vida tranquila.

¡Que Dios nos ayude, y que de esta mina inagotable de caridad, que es precisamente su divino Corazon, saque una bendicion que, al fortificarnos para el combate y revestirnos de una mayor confianza, aumente en nosotros la confianza de ver muy pronto el fin de tantos desórdenes, de tantas usurpaciones, de tantas injusticias y de tantos monstruos como la presente revolucion ha abortado con tanta abundancia!

Benedictio Dei, etc. »

Discurso de Su Santidad á la nobleza romana.—El día 24 de Junio, en recepcion pública, dirigió Pio IX á la nobleza de Roma las palabras siguientes :

«Vuestra presencia aquí, mis queridos hijos, es motivo de gran alegría para mi corazon, porque reconozco en vosotros una noble perseverancia en los santos principios y en el amor hácia la Santa Sede. Vuestra fidelidad me obliga á dar gracias á Dios por haberme sugerido en los primeros dias del mes de Setiembre de 1870 el pensamiento de quedarme en Roma. A pesar de los diversos avisos que se me daban, mantuve firmemente mi resolucion de permanecer en Roma con los romanos y para con los romanes.

¿Y cómo no habia de hacerlo? Habia recibido tantas pruebas de afecto; habia sido objeto de tantas demostraciones de amor de parte de esa poblacion, que ningun motivo hubiera podido decidirme á separarme de vosotros; seguro estoy de que vuestra fidelidad no me faltará, y que no me engañó sobre este punto.

Permitidme que os trace brevemente los tristes acontecimientos de este mes memorable. La solemnidad del nacimiento de la Santa Virgen acababa de celebrarse, cuando se presentó á mí un caballero piamontés, llevando en su mano una carta que me dirigia un monarca católico. La leí, y vi que este monarca, declarándose «guardian y fiador, por la disposicion de la Divina Providencia y por la voluntad, de los destinos de todos los italianos... se creía en el deber de tomar la responsabilidad de mantener el orden en la Península y la seguridad de la Santa Sede...»

Declaraba en seguida que para secundar el deseo *de los romanos*, habia dado orden á sus tropas de avanzar y ocupar lo que aún quedaba del territorio de la Iglesia, es decir, Roma, y esto *para mantener el orden*. En fin, añadía que sus esfuerzos se limitaban á una ACCION CONSERVADORA.

Poco despues, las tropas de este monarca se aproximaban á los muros de Roma. Acampadas en estas inmediaciones y haciendo gran alarde de sus fuerzas, esperaron muchos dias, para ver cómo se manifestaban los deseos de *los romanos*; pero todo fué inútil. Es cierto que se hizo cuanto se creyó oportuno para excitar á *estos deseos* á manifestarse en favor de los agresores, y que muchos emisarios vinieron con este objeto del campo á la ciudad, y fueron de la ciudad al campo. Entre estos emisarios es preciso colocar en primera línea al ministro de una potencia extranjera, acreditado cerca de esta Santa Sede. Este ministro, verdadero Achitophel de nuestros dias, *loquebatur pacem cum proximo suo, mala autem in corde suo*; verdadero Achitophel, digo, porque hablaba en el Vaticano un lenguaje enteramente opuesto al que usaba en el campo enemigo.

Despues de haber experimentado la firmeza del pueblo romano, la tropa se acercó á los muros y se abrió un camino por la famosa brecha el 20 de Setiembre. Despues de esto, el pequeño, pero honrado y leal ejército pontificio, fué hecho prisionero y enviado á la Alta Italia. Pero una idea fija permaneció quizá en el campo de sus enemigos: la idea de justificar esta injusta agresion con el pretexto de aplacar algun tumulto que esperaban se produciría en la ciudad de Roma. Con el fin de lograr este objeto, se dejó por algun tiempo á esta capital entregada á sí misma, con la esperanza de que la ausencia total de fuerza armada facilitaria el deseado tumulto; pero tambien por este lado todos los esfuerzos fueron inútiles. No se oyó una palabra de alegría; no se vió una señal de contento; no se advirtió un solo esfuerzo que tendiese á producir desórdenes. ¡Alabados sean los romanos!

La tropa sitiadora entró, y con ella otro Gobierno, que reemplazó á la autoridad legítima. Ahora pregunto (y muchos de vosotros preguntareis conmigo), si su entrada trajo verdaderamente LA ACCION CONSERVADORA. Los religiosos de ambos sexos expulsados, los bienes eclesiásticos usurpados, las escuelas y templos protestantes abiertos, y otros cambios tan funestos como numerosos, que todo el mundo conoce, responderán por mí. Este sistema todavía no se ha agotado, porque áun hoy día se busca el modo de abatir lo que hasta el presente ha escapado á la fuerza inexorable de la revolucion. ¿Y los romanos? Los romanos deploran los inmensos perjuicios causados á la Ciudad Eterna; elevan al cielo sus voces suplicantes y llenan las iglesias para implorar de Dios las numerosas gracias de que tenemos necesidad en medio de las tristes circunstancias por que atravesamos y para conservar nuestro vigor y nuestra fuerza.

Al triste y doloroso espectáculo que acabo de pintaros, quiero oponer, para sosten de todos, el que se ha verificado estos dias en Roma, en Italia, en Europa, en todo el universo católico. Desde que la voz del Vaticano se hizo oír llamando á la oracion, millones y millones de fieles se han puesto en movimiento para responder á la gran invitacion

que Dios ha hecho, por medio de su indigno Vicario, aprovechando el Jubileo solemne que abre los caminos á la penitencia y promete el perdón. Esta uniformidad de pensamientos y de corazones es una condenación solemne dada á la desunion de los legisladores del Parlamento, en donde, en medio de discursos escandalosos, se ha oido contra el Gobierno que rige actualmente á Italia la acusacion de complicidad con los autores y ejecutores de los más horribles crímenes.

Y aquí, mis queridos hijos, os expreso el deseo de que recordeis á todos aquéllos (si es que hay alguno) que buscan siempre el modo de encontrar proyectos de conciliación, si no ya de inteligencia, afirmando que este estado de incertidumbre se prolonga demasiado y se hace necesario encontrar un medio á propósito para hacer marchar la cosa pública en obsequio del bienestar y reposo comun. Decidles que no es tranquilizador marchar sobre volcanes.

La tierra tiembla bajo los piés, y los ruidos subterráneos que se escuchan en las inmediaciones de la montaña, anuncian nuevas erupciones. Es preciso alejarse de un sitio tan peligroso y elegir un camino ménos expuesto á catástrofes. Este camino le habeis oscogido vosotros con la mayor parte de los romanos; y siguiendo este camino, es como habeis dado á estos últimos el espectáculo más bello y más edificante con vuestras piadosas demostraciones y vuestros votos solemnes. Estos actos de fervorosa piedad se han verificado, no sólo en Roma, sino en toda Italia, y han tranquilizado las almas y hecho renacer las más bellas esperanzas en el corazon de la mayor parte de los italianos.

La Francia tambien ha arrojado un grito de alegría y ha visto correr á sus cien santuarios á millones de católicos. La ciudad de Paris ha presentado un espectáculo de gran edificación al colocar la piedra fundamental del templo que va á elevar en honor del Sagrado Corazon de Jesus. La inmensa muchedumbre, entre la que figuraban los personajes más distinguidos, la presencia de nuestro Venerable Hermano el Cardinal Arzobispo de Paris, rodeado de otros Prelados ilustres, en fin, la emocion general, todo contribuia á hacer el espectáculo extraordinariamente edificante.

Pero no es esto todo. La Francia acaba de hacer los esfuerzos más nobles para establecer la libertad de enseñanza que se nos rehusa absolutamente aquí en Italia.

En otra parte, en Viena y en todo el imperio austriaco, los efectos del Jubileo celebrado en diversos puntos han alegrado el alma de los buenos. La Bélgica, la Baviera y tantos otros puntos de Europa, han recorrido valerosamente la noble y santa carrera. La América ha dado, hermanos, pruebas de simpatía por la Santa Sede.

En fin, España, en medio de las dificultades que la rodean, pide con firmeza y constancia la unidad católica.

Dejo aparte otros sucesos consoladores para volver á vosotros, mis queridos hijos, y felicitaros de nuevo por vuestra constancia, diciéndoos

con el Apóstol: «*Sic stete in Domino, charissimi.*» Permaneced siempre así, unidos y fieles á este centro de verdad, á esta Silla de Santa doctrina; con esta union y esta concordia obtendremos más fácilmente de Dios la realizacion de nuestros comunes deseos, es decir, veremos cómo se escuchan las innumerables oraciones que se han elevado de todas partes del mundo, como un odorífico incienso, hácia el trono de Jesucristo.

En cuanto á mí, me uno á las oraciones universales; y por lo que toca al cumplimiento de mi deber, así como para la garantía de los derechos de esta Santa Sede, renuevo las protestas que otras veces he hecho contra las usurpaciones de todas maneras cometidas, usurpaciones que están en evidente contradiccion con la explicita premisa de guardar respecto á nosotros UNA ACCION CONSERVADORA.

Que la bendiccion de Dios descienda sobre todos y dé nuevo vigor á nuestra constancia y afirme en nuestros pechos y mantenga inquebrantables en ellos los principios de la fe y de la caridad cristiana. Sed unos en vuestras familias, sed unos en vuestras asociaciones: la union cristiana nos dará la victoria.

Benedictio Dei, etc. »

—

Carta de monseñor Dupanloup al abate Margotti, director de «L'Unitá Cattolica». — Numerosos plácemes de los prelados y clero italiano ha recibido el ilustre Obispo de Orleans con motivo de su carta al ministro Minghetti acerca de las expoliaciones de que la Iglesia ha sido víctima en Roma y en toda Italia en estos últimos tiempos. Monseñor Dupanloup ha dirigido la siguiente carta al abate Margotti, director de *L'Unitá Cattolica*, que han reproducido varios papeles periódicos:

«Orleans 13 de Noviembre de 1874. — Señor abate y muy queridos hermanos: El tiempo y la multitud de mis quehaceres me impiden, á pesar mio, el contestar á tantas cartas y manifestos como el clero y los católicos de Italia me escriben honrándome todos los días, debido á vuestra iniciativa: acudo, pues, á la publicidad de vuestro valiente diario para ofrecer á todos aquéllos que se han dignado darme esta prueba de afecto, el homenaje de mi gratitud y simpatías religiosas.

Ningun testimonio podia ser más precioso que el de tanto obispo y sacerdote venerable, tan firmes en su adhesion á la Iglesia y á su supremo Jefe, tan generosos en las pruebas por que están atravesando, tan tranquilos é intrépidos en la lucha que sostienen en defensa de los más sagrados derechos. No cesa su constancia en oponer á los embates del mal la única fuerza de que nada puede triunfar aquí abajo: la serenidad in-

vencible de una conciencia dispuesta á soportar y sufrirlo todo, ántes que ceder á las amenazas de la persecucion y consentir en desmentirse á sí misma.

Por lo demás, comprendo el valor con que soportan en Italia tanta indignidad obispos, sacerdotes y fieles, cuando contemplan la celeste dulzura y majestad con que padece otros y más amargos doleres el Jefe augusto de la Iglesia católica. Así, que no puedo ambicionar nada más alto por mi trabajo, si es que cualquiera de mis palabras ha llevado fuerza, esperanza, consuelo, á alguna de esas almas generosas, que oran, se resignan, sufren y combaten. Y en la grande tristeza de las luchas presentes, mi simpática admiracion se dirige más viva que nunca hácia aquéllos cuya constancia y heroica fidelidad consuelan á Nos del espectáculo de tantísimos males.

Movido de profunda gratitud los bendigo, porque defienden así con su ejemplo, mucho mejor que yo lo hago con mis escritos, la sagrada causa que toca á los más altos asuntos humanos y se conserva inseparable, tanto en el porvenir como en el presente, de todos los grandes intereses de la Iglesia y del mundo.

En cuanto á Vos, querido amigo, á quien corresponde el honor de todas estas preciosas manifestaciones, y que en este mismo instante dais con la publicidad de que goza vuestro diario el más poderoso concurso á mi defensa de los derechos de la Iglesia, recibid, os ruego, al par de mi más viva gratitud, la expresion de mi profundo y religioso afecto.—
FÉLIX, *Obispo de Orleans.* »

Memoria de la Junta directiva del Fomento de la Produccion Nacional. — Con motivo de la *Exposicion de labores* celebrada en Barcelona á fines del año próximo pasado y principios del actual, acaba de publicar dicha Junta una extensa y detallada *Memoria*. Llamada por su indole especial nuestra *Revista* á defender todo cuanto se relacione con la patria, con la familia y con el individuo, en el terreno moral y en el material, no podia permanecer indiferente ante los esfuerzos hechos por la expresada asociacion en orden á proteger la produccion nacional en todos sus ramos y manifestaciones, como único medio de desarrollar el trabajo, origen de la riqueza de los pueblos y base de su moralidad.

Felicitemos, por lo tanto, á la Sociedad barcelonesa á causa de los frutos que sus desvelos han recolectado, deseándole que vea centuplicados éstos en lo sucesivo.
